



CARLOS DEL FRADE

EVITA 70 X 70

70 postales a 70 años de la muerte que no fue



ÚLTIMO
RECURSO

Evita, 70 x 70

70 postales a 70 años de la muerte que no fue.

Por Carlos del Frade.

Índice

(Bitácora de esta selección sentipensante de textos de Evita y otras personas que hablan de profundidad de una existencia personal, colectiva, apasionada y tan desmesurada que setenta años después de su viaje hacia otro lugar del universo, persiste.)

1. Evita
2. José Pablo Feinmann
3. Otelo Borroni y Roberto Vacca.
4. Eduardo Galeano.
5. José Pablo Feinmann
- 6, 7 y 8, Borroni y Vacca.
9. Evita.
10. Leopoldo Marechal.
11. Juan José Sebrelli.
12. Feinmann.
13. Evita.
14. Horacio González.
15. Feinmann.
16. Evita.
17. Norman Brisky.
18. Evita.
19. María Moreno.
20. Evita.
21. Feinmann.
22. Marta Costa.
23. Evita.
24. Beatriz Sarlo.
25. Feinmann.
26. Diego Accorsi.
27. Galeano.
- 28, 29 y 30 Felipe Pigna.
31. Rodolfo Walsh.
32. Pigna.
33. Rodolfo Walsh.
34. Comunicados.
35. Rodolfo Walsh.
36. Pigna.

37. R. Walsh.
38. Héctor Oesterheld.
39. Héctor Oesterheld.
40. Héctor Oesterheld.
41. Héctor Oesterheld.
42. María Elena Walsh.
43. Dora Barrancos.
44. Nacha Guevara.
45. Diego Barros.
46. Diego Barros.
47. Galeano.
48. Hernán Benítez.
49. Hernán Benítez.
50. Marta Cichero.
51. Textos propios (del Frade)
52. Textos propios (del Frade)
53. Textos propios (del Frade).
54. Eduardo Lonardi.
55. Decreto 4161.
56. John William Cooke.
- 57, 58, 59 y 60, Eduardo Anguita y Daniel Cecchini.
61. Borroni y Vacca.
62. Marta Bertolino.
63. Sonia Tessa.
64. “Chiqui” González.
65. La resistencia en Rosario (del Frade).
66. La resistencia en Rosario (del Frade).
67. Operación Rescate (del Frade).
68. Evita y Mariano Moreno en el fondo del mar (del Frade).
69. Vicente Zito Lema.
70. Jirones (del Frade).

Bibliografía consultada.

1-

Evita

“...Ya no quiero explicarles nada de mi vida ni de mis obras. No quiero recibir ya ningún elogio. Me tienen sin cuidado los odios y las alabanzas de los hombres que pertenecen a la raza de los explotadores. Quiero rebelar a los pueblos. Quiero incendiarlos con el fuego de mi corazón. Quiero decirles la verdad que una humilde mujer del pueblo -¡la primera mujer del pueblo que no se dejó deslumbrar por el poder ni por la gloria!- aprendió en el mundo de los que mandan y gobiernan a los pueblos de la humanidad. Quiero decirles la verdad que nunca fue dicha por nadie, porque nadie fue capaz de seguir la farsa como yo, para saber toda la verdad. Porque todos los que salieron del pueblo para recorrer mi camino no regresaron nunca. Se dejaron deslumbrar por la fantasía maravillosa de las alturas y se quedaron para gozar de la mentira. Yo me vestí también con todos los honores de la gloria, de la vanidad y del poder. Me dejé engalanar con las mejores joyas de la tierra.

Todos los países del mundo me rindieron sus homenajes, de alguna manera. Todo lo que me quiso brindar el círculo de los hombres en que me toca vivir, como mujer de un presidente extraordinario, lo acepté sonriendo, "prestando mi cara" para guardar mi corazón. Sonriendo, en medio de la farsa, conocí la verdad de todas sus mentiras.

“Yo puedo decir ahora lo mucho que se miente, todo lo que se engaña y todo lo que se finge, porque conozco a los hombres en sus grandezas y en sus miserias. Muchas veces he tenido ante mis ojos, al mismo tiempo, como para compararlas frente a frente, la miseria de las grandezas y las grandezas de la miseria.

“Yo no me dejé arrancar el alma que traje de la calle, por eso no me deslumbró jamás la grandeza del poder y pude ver sus miserias. Por eso nunca me olvidé de las miserias de mi pueblo y pude ver sus grandezas.

“Ahora conozco todas las verdades y todas las mentiras del mundo. Tengo que decirlas al pueblo de donde vine. Y tengo que decirlas a todos los pueblos engañados de la humanidad. A los trabajadores, a las mujeres, a los humildes descamisados de mi Patria y a todos los descamisados de la tierra y a la infinita raza de los pueblos! como un mensaje de mi corazón...”

“Eva nace frente a los campos de la tribu de Coliqueo. Son las concesiones otorgadas en tiempos de Mitre que se les fueron escamoteando durante el apogeo de la oligarquía. Ese es el escenario que sirve de punto de partida a Eva Duarte y la presencia del indio es permanente en su infancia: la partera de su madre era una india, uno de los testigos de su nacimiento está casado con una india y su formación transcurre entre los desfiles de esos “aborígenes” (como los designan las fotografías de entonces) de a caballo, vestidos de saco y corbata y enarbolando enormes lanzones y una boina blanca en la cabeza”, escribió David Vinas en “Catorce hipótesis de trabajo en torno a Eva Perón”, escrito en el semanario “Marcha”, de Montevideo, en 1965.

2-

-Ella es bastarda. Su padre, que se llama Juan como su único hermano, es una presencia fugaz que sólo pareciera tener el destino de embarazar a su madre. Son cinco los hijos que le entrega, que le abandona. Se muere en medio de su familia legal y Eva siente el rechazo de los legítimos cuando su madre los lleva al entierro. Ahí, más que nunca, o quizá por vez definitiva, sabe que la bastardía es su destino. No tiene linaje. No tiene nada detrás. Ningún derecho la respalda. Deberá hacerse a sí misma, inventarse como el bastardo sartreano. No sólo es existencialista sin saberlo, sino antes del existencialismo. Sartre, también sin saberlo, escribirá sobre ella en el Saint Genet, ya que toda escritura sobre la bastardía la incluye – escribe y dice y todavía sigue diciendo desde sus clases en youtube, de manera profunda y brillante, José Pablo Feinmann.

3-

-A partir de los primeros días del mes de febrero de 1931, ubicados en una precaria casa de la calle Roque Vázquez, doña Juana Ibarguren y sus hijos emprendieron un verdadero replanteo de la situación económica familiar: la madre continuó trabajando de costurera; Elisa, su hija mayor, era empleada de correo. El único varón de la familia, Juan, deambulaba de empleo en empleo. Esos eran los únicos tres ingresos del grupo. Erminda, con sus catorce años, cursaba sexto grado. Eva, a los doce años de edad, ingresó en el cuarto grado de la Escuela Común Urbana Número 1 – dicen Otelo Borroni y Roberto Vacca en su hermoso libro “Eva Perón”, escrito en 1971 para el Centro Editor de América Latina.

“En noviembre de 1934, Eva aprobó el sexto grado en mesa de aplazados y decidió incorporarse a la corriente migratoria. La presencia en Junín de Agustín Magaldi, apodado el “Gardel del interior”- y su acercamiento a la familia Duarte facilitaron las cosas: Eva llegó a Buenos Aires el 3 de enero de 1935”, agregan Borroni y Vacca.

-...las divas al estilo de Camila Quiroga hacían teatro para la burguesía que los anexaba y a las partiquinas se las llamaba “pequeñas putitas”. No resulta arbitrario comprender cómo esa experiencia de humillación -una de las lejanas motivaciones de su lejano resentimiento- le servía a Eva Duarte para convertirse en el magno emergente de los sumergidos y en su vocero – escribió Viñas.

“Luego de estrenar tres obras más -siempre en papeles secundarios- Eva Duarte emprende su primera gira artística en la que conoce las ciudades de Rosario, Mendoza y Córdoba. Durante los cuatro meses que duró el viaje representaron siete obras, entre ellas “El beso mortal”, auspiciadas por la Liga Profiláctica Argentina y cumplieron más de ciento veinte representaciones. A su regreso a fines de septiembre de 1935, Eva Duarte debió soportar una de las más duras hambrunas de su vida atenuada solo por un pequeño aliciente: su entrañable amistad con dos compañeras de infortunio, Anita Jordán y Josefina Bustamante...”, dicen Borroni y Vacca.

4 –
Galeano

1935
Buenos Aires

Parece una flaquita del montón, paliducha, desteñida, ni fea ni linda, que usa ropa de segunda mano y repite sin chistar las rutinas de la pobreza. Como todas vive prendida a los novelones de la radio, los domingos va al cine y sueña con ser Norma Shearer, y todas las tardecitas, en la estación del pueblo, mira pasar el tren hacia Buenos Aires. Pero Eva Duarte está harta. Ha cumplido quince años y está harta: trepa al tren y se larga.

Esta chiquilina no tiene nada. No tiene padre ni dinero; no es dueña de ninguna cosa. Ni siquiera tiene una memoria que la ayude. Desde que nació en el pueblo de Los Toldos, hija de madre soltera, fue condenada a la

humillación, y ahora es una nadie entre los miles de nadie que los trenes vuelcan cada día sobre Buenos Aires, multitud de provincianos de pelo chuzo y piel morena, obreros y sirvientas que entran en la boca de la ciudad y son por ella devorados: durante la semana Buenos Aires los mastica y los domingos escupe los pedazos.

A los pies de la gran mole arrogante, altas cumbres de cemento. Evita se paraliza. El pánico no la deja hacer otra cosa que estrujarse las manos, rojas de frío, y llorar. Después se traga las lágrimas, aprieta los dientes, agarra fuerte la valija de cartón y se hunde en la ciudad.

5 –

“Ella tiene un cuerpo y lo utiliza como herramienta de poder. Si el bastardo tiene que inventarse, darse el ser que no tiene por esencia, la primera certeza de Eva para ser es la de su cuerpo. Descubre que es bella y que eso no es poco para someter a los hombres en su búsqueda ascendente. Llega a Junín ese cantante meloso, acosado por la bobería de las solteronas, y es presa fácil para Eva, que lo seduce y lo obliga a rescatarla de la siesta interminable de ese pueblo con destino de corte y confección. Aquí, quienes habrán de odiarla, empiezan su coro rencoroso, profieren la palabra que la marca, con el vaho del odio dicen prostituta, una y otra vez, siempre, prostituta. Eva está más allá o más acá de eso. ¿Qué puede importar en una vida de sucesos vertiginosos un epíteto nacido del alma católica de la Argentina gorila? Eva quería trepar, quería ser eso que dirán que fue: la más grande trepadora después de la Cenicienta. Y qué. ¿Quién puede acusar de algo a esa muchacha que buscaba el ser con lo único que tenía, con su belleza, con su cuerpo? Prefiero imaginarla cerca de Naná, de Griseta, de Lola-Lola, no de la Virgen María. Prefiero imaginarla una mezcla de Rosa Luxemburgo y Margarita Gautier. Habrá desatinado muchas camas, o acaso no tantas, nunca lo sabremos, pero cuando llegó a la que quería se detuvo, se quedó allí para siempre. Era la cama de Perón”, apunta Feinmann con lucidez.

6-

En agosto de 1937 se irradió el primer radioteatro donde participó: “Oro blanco”, una radionovela escrita por Manuel Ferradas Campos y difundida por LR3 Radio Belgrano. La obra reproducía ante los micrófonos la vida cotidiana

de los hacheros y cultivadores de algodón en el entonces territorio nacional del Chaco.

Al cumplir los 19 años logró encabezar la “Compañía de teatro del Aire”, junto a Pascual Pellicciotta, un actor que, como ella, también conoció el anonimato de papeles intrascendentes en los escenarios porteños.

El escritor Francisco Muñoz Azpiri, libretista de los ciclos radiales, fue el autor de los primeros discursos pronunciados por ella.

7-

El 15 de enero de 1944, un terremoto arrasó la ciudad de San Juan. Diez mil muertos, 12 mil heridos y pérdidas incalculables conmovieron a la opinión pública. Mientras numerosas comisiones de auxilio partían hacia la provincia cuyana, en Buenos Aires la colonia artística se aprestaba a la realización de un gigantesco festival a beneficio de los damnificados.

En dicho acto, auspiciado por la Secretaría de Trabajo y Previsión, se produjo el encuentro entre la actriz Eva Duarte y el entonces coronel Perón, secretario de Trabajo. A partir de ese momento la relación entre ambos no se ocultó, cuentan Borroni y Vacca.

-Ella es la mina del hombre con más poder en la República. Es la mina de Perón. Ella es, también, el más grande agravio que ese coronel populista le infiere a la oligarquía: se mete con Eva Perón, esa actriz, esa puta. De Perón se podrán decir todo tipo de cosas, buenas y malas, pero sólo una es innegable: entre 1944 y 1952 tuvo a su lado una mujer excepcional. De verdad. No un florero como tuvieron todos los señores presidentes de este país desdichado, sino una mujer, ella, Eva, que lo cubrió de elogios para neutralizarlo, para tenerlo de su lado, para llevarlo al territorio del pueblo y no al de los cuarteles, de donde él venía y de donde tal vez nunca salió del todo. ¿O no reclamó en seguida, en 1973, sus galas de teniente general, su rango de milico y se sacó montones de fotos que abrumaron las paredes de los sindicatos, donde habitaban sus aliados y sus patotas? – pregunta desafiante Feinmann.

8-

Por su parte Borroni y Vacca sostienen: “Culmina el aprendizaje. Estaban a su disposición todos los medios para lograr sus objetivos: encarar intensamente su campaña de ayuda social; encabeza la “rebelión” de las mujeres argentinas; canalizar y ser vocera de las inquietudes del movimiento obrero. Para poder lanzarse definitivamente le faltaba pulir su oratoria y ser aceptada en los grandes círculos sociales de Argentina. Tenía 28 años. La posibilidad de un viaje a Europa se concretó a principios de junio de 1947. En dos aviones especialmente equipados, rodeada de una amplia comitiva, emprendió viaje al Viejo Mundo”.

“El andamiaje del mito. Al culminar su aprendizaje político y comprobar su aceptación -con reparos o no – en los altos círculos mundiales o en las clases populares, Eva Duarte, “Evita” o María Eva Duarte de Perón, cualquiera sea el nombre con que se le designe, logró incorporar algo que buscaba desde su marginada infancia: una definitiva expresión de su personalidad. Apoyándose en esa seguridad dio forma definitiva a dos instituciones que marcaron la etapa más alta de su militancia, la Fundación Eva Perón y el Partido Peronista Femenino. Aunque simultáneamente, conviene fracturar los dos procesos -el social y el político- para el análisis de estos hechos concretos que sirvieron de apoyo a los mecanismos de estructuración del mito viviente”, dicen con lucidez Borroni y Vacca.

Es una observación profunda: primero fue el mito y después vendría la Evita militante.

“Eva Perón, a partir de 1949, irrumpe en el escenario político argentino ya no como figura, sino como mito. Por lo tanto su desarrollo posterior solo produciría en el régimen peronista -y en ella misma – un desborde incontrolable. Su nombre, su figura, su palabra, estaban insertados profundamente en el sentimiento popular.

“El proceso de su enfermedad, “La razón de mi vida”, su proclamación como candidata a la vicepresidencia de la República, su posterior “renunciamento” ante presiones militares, la adquisición de armamentos destinados a la formación de milicias obreras para apoyar al gobierno peronista, su campaña proselitista desde su propio lecho de moribunda y, finalmente, las instancias finales de su vida aquilataron aun más ese sentimiento popular. La desaparición de todo símbolo que la recuerde, no sumó a las masas peronistas en el olvido”, remarcan para finalizar este texto que todavía sobrevive con su

perfume de hojas añejas pero cargadas de valores que irrumpen en el presente, a setenta años de la muerte de Evita.

9 -

Evita

“Solamente los fanáticos -que son idealistas y son sectarios- no se entregan. Los fríos, los indiferentes, no deben servir al pueblo. No pueden servirlo aunque quieran. Para servir al pueblo hay que estar dispuestos a todo, incluso a morir. Los fríos no mueren por una causa, sino de casualidad. Los fanáticos sí. Me gustan los fanáticos y todos los fanatismos de la historia. Me gustan los héroes y los santos. Me gustan los mártires, cualquiera sea la causa y la razón de su fanatismo. El fanatismo que convierte a la vida en un morir permanente y heroico es el único camino que tiene la vida para vencer a la muerte. Por eso soy fanática. Daría mi vida por Perón y por el pueblo.

“Porque estoy segura que solamente dándola me ganaré el derecho de vivir con ellos por toda la eternidad. Así, fanáticas quiero que sean las mujeres de mi pueblo. Así, fanáticos quiero que sean los trabajadores y los descamisados. El fanatismo es la única fuerza que Dios le dejó al corazón para ganar sus batallas. Es la gran fuerza de los pueblos: la única que no poseen sus enemigos, porque ellos han suprimido del mundo todo lo que suene a corazón. Por eso los venceremos. Porque aunque tengan dinero, privilegios, jerarquías, poder y riquezas no podrán ser nunca fanáticos. Porque no tienen corazón. Nosotros sí. Ellos no pueden ser idealistas, porque las ideas tienen su raíz en la inteligencia, pero los ideales tienen su pedestal en el corazón.

“No pueden ser fanáticos porque las sombras no pueden mirarse en el espejo del sol. Frente a frente, ellos y nosotros, ellos con todas las fuerzas del mundo y nosotros con nuestro fanatismo, siempre venceremos nosotros. Tenemos que convencernos para siempre: el mundo será de los pueblos si los pueblos decidimos enardecernos en el fuego sagrado del fanatismo. Quemarnos para poder quemar, sin escuchar la sirena de los mediocres y de los imbéciles que nos hablan de prudencia. Ellos, que hablan de la dulzura y del amor, se olvidan que Cristo dijo: "¡Fuego he venido a traer sobre la tierra y que más quiero sino que arda!" Cristo nos dio un ejemplo divino de fanatismo. ¿Qué son a su lado los eternos predicadores de la mediocridad?”.

10 -

“Dije alguna vez que la Revolución lleva el nombre de mujer y que la nuestra -la peronista- se llamó Eva Perón. En su carrera se hace muy visible aquel misterio de las predestinaciones que ha gravitado sobre otros y se resuelve, al fin, con una vocación -o llamado- que impone deberes ineludibles, vigiliadas y sacrificios. Los que alguna vez escriban la historia de Eva Perón -y lo harán porque hay en esa mujer proyecciones de futuro- comprobarán que no aprovechó ella las circunstancias, sino que las circunstancias la aprovecharon a ella según la trabazón del destino”, sostuvo el notable escritor Leopoldo Marechal, autor de “Adán Buenosayres” y “El banquete de Severo Arcángelo”, entre otros libros nodales de la literatura argentina.

11 -

Juan José Sebrelli, en su libro “Eva Perón, ¿aventurera o militante?”, sostuvo: “Dinamizadora no del todo consciente y lúcida de la lucha de clases, su concepción pasional, espontánea, anárquica, refleja y a la vez fomenta, la espontaneidad de la clase obrera argentina. Los obreros se vieron reflejados en Eva Perón porque carecían de la izquierda tradicional, porque no tenían un auténtico partido de clase, ni una ideología coherente, revolucionaria, no reformista, proletaria y no pequeñoburguesa, materialista y no idealista. Ni las mujeres ni los obreros actuales -los dos sectores olvidados, relegados de la vida nacional, que entraron en la vida política junto con Eva Perón- son ya los mismos de los tiempos de Eva Perón; tienen ahora una conciencia y una tradición de lucha que no tenían entonces y que precisamente Eva Perón contribuyó a formar. De esas mismas mujeres y de esos obreros saldrán los nuevos conductores del proceso cuyas características serán muy distintas a las de Perón y Eva Perón”.

12 -

“...Ella quiere la vicepresidencia. Es una ambición política y ontológica. Ontológica porque quiere darse el ser, ser en la modalidad de algo, quiere el ser que el Estado puede darle, quiere ser, por fin, una objetividad del mundo, una legalidad instituida y respetada. Y política porque sabe que con ella llegan a la cima del poder los sindicalistas que le son fieles y los pobres, los grasitas, los morochos que tanto quiere, los bastardos como ella, los que nada tienen, ni tierras ni apellidos, sólo brazos fuertes, sudor, cansancio y plusvalía. Se juega,

aquí, su partida decisiva. Llena la plaza y habla con los grasitas durante horas, le piden algo que ella ya perdió, la vicepresidencia. La perdió por la oligarquía, por la Iglesia, por los militares y la perdió por Perón, que la dejó sola, que le tenía miedo, que sabía, como nadie, que en esa Argentina de 1951 sólo había un político a su altura, capaz de pelearle espacios de poder, de quitárselos, de relegarlo, ella, Eva. La deja sola ante los lobos y los lobos la devoran”, marca José Pablo Feinmann.

13 -

Evita

“...¡Los imperialismos! A Perón y a nuestro pueblo les ha tocado la desgracia del imperialismo capitalista. Yo lo he visto de cerca en sus miserias y en sus crímenes. Se dice defensor de la justicia mientras extiende las garras de su rapiña sobre los bienes de todos los pueblos sometidos a su omnipotencia. Se proclama defensor de la libertad mientras va encadenando a todos los pueblos que de buena o de mala fe tienen que aceptar sus inapelables exigencias.

LOS QUE SE ENTREGAN

Pero más abominable aún que los imperialistas son los hombres de las oligarquías nacionales que se entregan vendiendo y a veces regalando por monedas o por sonrisas la felicidad de sus pueblos. Yo los he conocido también de cerca. Frente a los imperialismos no sentí otra cosa que la indignación del odio, pero frente a los entregadores de sus pueblos, a ella sumé la infinita indignación de mi desprecio. Muchas veces los he oído disculparse ante mi agresividad irónica y mordaz. "No podemos hacer nada", decían. Los he oído muchas veces; en todos los tonos de la mentira. ¡Mentira! ¡Sí! ¡Mil veces mentira...! Hay una sola cosa invencible en la tierra: la voluntad de los pueblos. No hay ningún pueblo de la tierra que no pueda ser justo, libre y soberano. "No podemos hacer nada" es lo que dicen todos los gobiernos cobardes de las naciones sometidas. No lo dicen por convencimiento sino por conveniencias.

POR CUALQUIER MEDIO

Nosotros somos un pequeño pueblo de la tierra, y sin embargo con nosotros Perón decidió ganar, frente al imperialismo capitalista, nuestra propia justicia y nuestra propia libertad. Y somos justos y libres. Podrá costar más o menos sacrificio ¡pero siempre se puede! No hay nada que sea más fuerte que un

pueblo. Lo único que se necesita es decidirlo a ser justo, libre y soberano. ¿Los procedimientos? Hay mil procedimientos eficaces para vencer: con armas o sin armas, de frente o por la espalda, a la luz del día o a la sombra de la noche, con un gesto de rabia o con una sonrisa, llorando o cantando, por los medios legales o por los medios ilícitos que los mismos imperialismos utilizan en contra de los pueblos. Yo me pregunto: ¿qué pueden hacer un millón de acorazados, un millón de aviones y un millón de bombas atómicas contra un pueblo que decide sabotear a sus amos hasta conseguir la libertad y la justicia? Frente a la explotación inicua y execrable, todo es poco. Y cualquier cosa es importante para vencer...”

14 -

Sus dos patrias, escribió Horacio González.

“Evita pertenece a la patria de las luchas y a la patria del folletín. Lo primero, todos los saben. Las sucesivas conmemoraciones anuales se encargan de recordarlo. Lo segundo siempre trajo más problemas. ¿Acaso Evita no había cambiado su actividad en el cine por su compromiso político?. El peronismo oficial eligió pensar la biografía de Evita como resultado de un corte en los tiempos.

“Una cosa fueron las obras de teatro en las que participó (estrellita desconocida en ascenso) o las películas que filmó (actriz ya situada, reconocida, el crítico Guibourg esbozando un elogio de ella) y otra cosa su acción política. La Evita anterior a su encuentro con Perón fue prudentemente velado. La actriz de “La cabalgata del circo” y la atrevida embajadora del peronismo en la Europa de posguerra no podían convivir juntas. La jovencita recién llegada de Junín que había figurado en el reparto de una obra de Lila Hellmann (“The children’s hours”, primera vez que la autora norteamericana se representaba en Argentina) no podía ser pensada junto a esa suerte de jacobinismo que repartía máquinas de coser como quien arma barricadas contra aristocracias obtusas.

“Evita en el radioteatro y en el cine nacional constituye un relato en buena parte obturado por la posterior interpretación retrospectiva de Evita que realiza el propio peronismo entonces gobernante. Un mundo omitido de luchas oscuras, desaires y estancamientos, un secreto almacén de cachetadas entre jóvenes actrices y de sigilosas inversiones o intereses políticos en la industria

cinematográfica argentina, no tenía chances de figurar ostensiblemente como “los años iniciales” de la continuidad biográfica de Evita.

“La Razón de mi vida” era un libro autobiográfico que acentuaba el deliberado misterio. En él figuraba un concepto caro al peronismo y al propio lenguaje de Perón -del que sin duda había extraído-, “el día maravilloso”. En efecto, se trataba del día inaugural, una epifanía que repartía en dos los tiempos, un antes y después que podía coincidir fácilmente con las tinieblas y la luz. El día maravilloso obnubilaba todo lo que quedaba atrás, en ese tiempo anterior e infausto en que Evita aún había conocido a Perón...

“...De este modo puede decirse que ni Evita ni el peronismo preferían hablar de la “prehistoria”, de esos días transcurridos en el afán por “conquistar un destino” siguiendo el molde onírico que para miles y miles de lectores transmitían revistas como “Radiolandia” y que consistía en contar golpes de la fortuna, en un rostro bello o sugestivo exhibido, en el “descubrimiento” por parte de un director...

“...La clases populares y en especial la clase obrera, en todos los procesos históricos conocidos, se forma en un suelo cultural y social en donde los lenguajes narrativos constituyen o ayudan a formar inequívocas formas de conciencia reivindicativa. Un tema como este fue también el motivo de un debate de Roberto Arlt con el Partido Comunista en los años 20. Arlt concebía al proletariado como una categoría social – cultural que no debía ser separado de ciertas “viñetas oníricas” que acompañan la vida cotidiana popular: un beso de Roberto Valentino, en su ejemplo, no dejaba indiferente a una obrera de una tejeduría y eso no constituía un dato oscuro, mucho menos repudiable y muchos menos reaccionario.

“Evita, tal como esa mujer obrera que abre su ensoñación hacia Valentino sin por eso perder su nitidez social o reivindicante, es la razón imaginaria de la vida real del peronismo. No sólo su esencia folletinesca -en su lenguaje, en su estampa, en su biografía entera- no adultera el sentido de su compromiso con la conciencia social avanzada de los trabajadores argentinos, sino que sin ella, esa conciencia podría haber perdido un núcleo dramático, sumario y eficaz, a partir del cual trazar el cuadro de las luchas y conflictos.

“Por eso, Evita pertenece a esa doble patria, la de las luchas y la del folletín popular. Una no se entiende sin la otra. No hay luchas sin investigación de los lenguajes con los cuales se va a las luchas. Evita, por encima de cualquier

estereotipo (estereotipos que son tan inevitables como susceptibles de infinitas reinterpretaciones) significa hoy la posibilidad de que los horizontes políticos de la transformación social encuentre su ritmo verbal propio, el corazón de la lengua que al final les pertenezca.

“De ese corazón siempre en tránsito trata el nombre pronunciado de Evita, en la curva pronunciada de las luchas sociales argentinas que el peronismo llena con sus herencias y aflicciones”, terminaba diciendo Horacio González en su artículo publicado en “Eva Perón Hoy. Su vida, su ideología. Una alternativa de liberación”, en “Cuadernos de Fin de Siglo”, dirigido por Vicente Zito Lima, en noviembre de 1989.

15 –

“...Ella tiene cáncer. Presumen algunos que el fuego de su militancia la quemó. Otros, los que la odian, que la quemó su maldad. Se desliza como un fantasma por el Palacio Unzué. Perón no quiere verla; le impresionan su delgadez, su palidez, su furia. Ella no acepta esa enfermedad. Se resiste a estar en cama. “Ahí es donde todos los hijos de puta quieren que esté, en la cama, postrada, enferma, inútil, inofensiva.” Luego del golpe de Menéndez le pide fusilamientos a Perón. “Si no fusilamos nosotros hoy -dice arrasada por la fiebre- nos van a fusilar ellos mañana.” Sólo otro bastardo como ella la acompaña en la agonía, Jamandreu, el que la vistió primero con los trajes Dior y luego con el traje sastre seco, austero de la compañera militante. Jamandreu, cálido y sufriente en una Argentina de machos, cuando los homosexuales no era gays sino putos o pervertidos o invertidos, seres que carecían (como buenos bastardos) de la gran condición del patricio argentino, la hombría. Jamandreu, que le dice: “En este país ser pobre, ser puto y ser Eva Perón es la misma cosa”. Ella, muriéndose, quiere formar milicias populares y le compra armas al príncipe Bernardo de Holanda. Era tarde, ya era tarde para todo. Las armas llegan y Perón las desvía al arsenal Esteban de Luca. En 1955, serán utilizadas por sus enemigos para derrocarlo...”, escribe Feinmann.

16 –

Evita.

“...Lo digo todos los días con mi vieja indignación descamisada, dura y torpe, pero sincera como la luz que no sabe cuando alumbra y cuando quema. Como

el viento que no distingue entre borrar las nubes del cielo y sembrar la desolación en su camino. No entiendo los términos medios ni las cosas equilibradas. Sólo reconozco dos palabras como hijas predilectas de mi corazón: el odio y el amor. Nunca sé cuando odio ni cuando estoy amando, y en este encuentro confuso del odio y del amor frente a la oligarquía de mi tierra -y frente a todas las oligarquías del mundo- no he podido encontrar el equilibrio que me reconcilie con las fuerzas que sirvieron antaño entre nosotros a la raza maldita de los explotadores.

LOS ALTOS CÍRCULOS

Me rebelo indignada con todo el veneno de mi odio, o con todo el incendio de mi amor -no lo sé todavía-, en contra del privilegio que constituyen todavía los altos círculos de las fuerzas armadas y clericales. Tengo plena conciencia de lo que escribo. Sé lo que sienten y lo que piensan de esos círculos los hombres y mujeres humildes que constituyen el pueblo. Todos los pueblos de la humanidad. Yo no los condeno personalmente. Aunque personalmente me combatieron y me combaten como enemiga declarada de sus propósitos y de sus intenciones. En el fondo de mi corazón, yo no deseo otra cosa que salvarlos con mi acusación, señalándoles el camino del pueblo por donde llega el porvenir de la humanidad.

Yo sé que la religión es el alma de los pueblos y que a los pueblos les gusta ver en sus ejércitos la fuerza pujante de sus muchachos como garantía de su libertad y expresión de la grandeza de su Patria. Pero sé también que a los pueblos les repugna la prepotencia militar que se atribuye el monopolio de la Patria, y que no se concilian la humildad y la pobreza de Cristo con la fastuosa soberbia de los dignatarios eclesiásticos que se atribuyen el monopolio absoluto de la religión. La Patria es del pueblo, lo mismo que la Religión. No soy antimilitarista ni anticlerical en el sentido en que quieren hacerme aparecer mis enemigos. Lo saben los humildes sacerdotes del pueblo que me comprenden a despecho de algunos altos dignatarios del clero rodeados y cegados por la oligarquía. Lo saben los hombres honrados que en las fuerzas armadas no han perdido contacto con el pueblo. Los que no quieren comprenderme son los enemigos del pueblo metidos a militares. Ellos desprecian al pueblo y por eso desprecian a Perón, que siendo militar abrazó la causa del pueblo aún a costa de abandonar en cierto momento su carrera militar.

Yo veo no sólo el panorama de mi propia tierra. Veo el panorama del mundo y en todas partes hay pueblos sometidos por gobiernos que explotan a sus pueblos en beneficio propio o de lejanos intereses. Y detrás de cada gobierno impopular he aprendido a ver ya la presencia militar, solapada y encubierta o descarada y prepotente. En este mensaje de mis verdades, no puedo callar esta verdad irrefutable que se cierne como la más grande sombra cubriendo los horizontes de la humanidad. Es necesario que los pueblos destruyan los altos círculos de sus fuerzas militares gobernando a las naciones. ¿Cómo? Abriendo al pueblo sus cuadros dirigentes. Los ejércitos deben ser del pueblo y servirlo.

Deben servir a la causa de la justicia y de la libertad. Es necesario convencerlos de que la Patria no es una geografía de fronteras más o menos dilatadas sino que es el pueblo. La Patria sufre o es feliz en el pueblo que la forma.

En la hora de nuestra raza, en la hora de los pueblos, la Patria alcanzará su más alta verdad. Es necesario que los ejércitos del mundo defiendan a sus pueblos sirviendo la causa de la justicia y de la libertad. Solamente así se salvarán los pueblos de caer en el odio contra "eso" que antes se llamaba Patria, y que era una mentira más ¡una bella mentira que inventó la oligarquía cuando empezó a vender la dignidad del pueblo, es decir la dignidad augusta y maravillosa de la Patria!

EL PUEBLO ES LA ÚNICA FUERZA

Yo no sé si no será posible que alguna vez el mundo cancele todo cuanto signifique una fuerza de agresión y desaparezca la necesidad de sostener ejércitos para la defensa, pero mientras eso -que sería lo ideal, acaso lo sobrenatural o lo imposible- no suceda, los pueblos del mundo deben cuidar que sus fuerzas militares no se conviertan en cadenas o instrumentos de su propia opresión. El ejército de mi Patria custodió en 1946 las elecciones que consagraron a Perón presidente de los argentinos. En aquella ocasión, fueron sus militares una garantía para el pueblo. A pesar de eso, yo considero que la función militar no debe ser en ningún caso garantía cívica de la justicia y la libertad. Porque la fuerza suele tentar a los hombres, lo mismo que el dinero. La garantía de la voluntad soberana del pueblo debe estar en el propio pueblo. Sacarla de sus manos es reconocerle una debilidad que no existe, porque los pueblos constituimos por nosotros mismos la fuerza más poderosa que poseen las naciones. Lo único que debemos hacer es adquirir plena conciencia del poder que poseemos y no olvidarnos de que nadie puede hacer nada sin el

pueblo, que nadie puede hacer tampoco nada que no quiera el pueblo. ¡Sólo basta que los pueblos nos decidamos a ser dueños de nuestros propios destinos! Todo lo demás es cuestión de enfrentar al destino. ¡Basta eso para vencer! ¡Y si no que lo diga nuestro pueblo!”.

17 –

“Ella era como una milonga”, escribió Norman Brisky.

“...Hasta un momento determinado es la historia de Juan Perón y Eva Perón, la historia de un amor. Basta leer sus cartas cuando Perón estaba preso en Martín García para darse cuenta que es un metejón.

“Ella estaba inspirada por las carencias de su niñez. Es la vieja historia de los parias: el no reconocimiento paterno y una madre valiente que la lleva al velatorio del padre para que lo conozca y se sienta su hija.

“Es el hecho de una combinación, de una reivindicación folklórica y una reivindicación universal. Universal en la medida que la mujer en el mundo iba ganando su forma de placer y de goce; y folklórica en el sentido de que el campo argentino representa riqueza y miseria a la vez. Y de ahí aparece una niña que viene con un cantante famoso y sin importarnos el sexo o no sexo en esta historia, lo vital es que ese pedacito de tierra buscaba la ciudad, como buscó la ciudad la milonga. Para mi Evita es como una milonga, viene con fuerza, entra sin permiso y se queda para siempre...

“...Eva pasa de ser actriz a ser ella misma, se vuelve una extraordinaria actriz de su propia biografía, esto es lo que pretende hoy cualquier buena técnica de teatro; ella estaba interpretando un papel y no representándolo. Eva ve venir su enfermedad y su muerte y también ve claro que en este país no iba a ser suficiente tener razón, sino que había que tener fuerza.

“Perón y Evita cometieron el error de no organizar al pueblo para defender lo que habían logrado. Hoy, está claro, hemos retrocedido, los enemigos de Perón y Eva se llamaban Bunge y Born, hoy son los aliados del peronismo. Creo que se perdieron muchas banderas.

“Tenemos razones pero no la sabemos articular en fuerza, esto quiere decir en política, capacidad de poder, capacidad de manejar el poder. Somos románticos y Eva Perón y el peronismo son víctimas de ese romanticismo y al

no poder vertebrar a ese “monstruo”, como lo llamó Cooke al peronismo y no poder superar esa propuesta simple humanista, concreta. Esto indica un retroceso pero hace más grande a Evita. Si ella llegara a aparecer estaría muy triste, miraría seriamente a los trabajadores y les diría: “Che, muchachos, por qué no se organizan más en base a la solidaridad y no al amiguismo y los intereses personales y aprendemos a modificar esta sociedad, a luchar contra el capitalismo, contra el imperialismo, aunque estas parezcan antigüedades.

“Es que ella tenía una propuesta tan humanista que parecía revolucionaria pero no olvidemos que era más bien reformista, con muy buena leche pero reformista al fin. Sin embargo su figura sigue creciendo y esto a mi me da mucha bronca, porque deberíamos de una vez enterrar a Evita. Pero ella es cada día más importante, en la medida en que los humildes están cada día peor.

“Hoy la gente pobre ha sido dividida y va a haber una clase trabajadora aristocratizada y otra que se va a cagar de hambre. Es por esto que Evita sigue creciendo y sigue creciendo todo el sistema ideológico que Evita reivindicaba y si fuéramos un país más o menos normal, tendría que aparecer otra Eva u otra mujer u otro hombre pero con una propuesta superadora de lo que fue.

“No es posible decir que hoy los privilegiados son los niños porque simplemente no lo son. Es decir que por no haberse cumplido su propuesta, Eva sigue siendo grande, sigue amenazando con su aparición.

“Y cuando los fantasmas aparecen no es positivo para ninguna sociedad porque deberían generarse los nuevos líderes, nuevos modelos sociales que superen las propuestas anteriores. Si a Evita no la podemos enterrar es porque no ha sido superada su magnífica propuesta”, terminaba Norma Brisky en su artículo del año 1989.

18-

Evita.

“LAS JERARQUÍAS CLERICALES

Entre los hombres fríos de mi tiempo señalo a las jerarquías clericales cuya inmensa mayoría padece de una inconcebible indiferencia frente a la realidad sufriente de los pueblos. Declaro con absoluta sinceridad que me duelen como un desengaño estas palabras de mi dura verdad. Yo no he visto sino por

excepción entre los altos dignatarios del clero generosidad y amor... como se merecía de ellos la doctrina de Cristo que inspiró la doctrina de Perón. En ellos simplemente he visto mezquinos y egoístas intereses y una sórdida ambición de privilegio. Yo los acuso desde mi indignidad, no para el mal sino para el bien. No les reprocho haberlo combatido sordamente a Perón desde sus conciliábulos con la oligarquía. No les reprocho haber sido ingratos con Perón, que les dio de su corazón cristiano lo mejor de su buena voluntad y de su fe.

Les reprocho haber abandonado a los pobres, a los humildes, a los descamisados, a los enfermos, y haber preferido en cambio la gloria y los honores de la oligarquía. Les reprocho haber traicionado a Cristo que tuvo misericordia de las turbas. Les reprocho olvidarse del pueblo y haber hecho todo lo posible por ocultar el nombre y la figura de Cristo tras la cortina de humo con que lo inciensan. Yo soy y me siento cristiana. Soy católica, pero no comprendo que la religión de Cristo sea compatible con la oligarquía y el privilegio. Esto no lo entenderé jamás. Como no lo entiende el pueblo. El clero de los nuevos tiempos, si quiere salvar al mundo de la destrucción espiritual, tiene que convertirse al cristianismo. Empezar por descender al pueblo. Como Cristo, vivir con el pueblo, sufrir con el pueblo, sentir con el pueblo. Porque no viven ni sufren ni sienten ni piensan con el pueblo, estos años de Perón están pesando sobre sus corazones sin despertar una sola resonancia. Tienen el corazón cerrado y frío. ¡Ah, si supieran qué lindo es el pueblo, se lanzarían a conquistarlo para Cristo que hoy, como hace dos mil años, tiene misericordia de las turbas!

LA RELIGIÓN

Cristo les pidió que evangelizasen a los pobres y ellos no debieron jamás abandonar al pueblo donde está la inmensa masa oprimida de los pobres. Los políticos clericales de todos los tiempos y en todos los países quieren ejercer el dominio y aún la explotación del pueblo por medio de la iglesia y la religión. Muchas veces, para desgracia de la fe, el clero ha servido a los políticos enemigos del pueblo predicando una estúpida resignación... que no sé todavía cómo puede conciliarse con la dignidad humana ni con la sed de Justicia cuya bienaventuranza se canta en el Evangelio. También el clero político pretende ejercer en todos los países el dominio y aún la explotación del pueblo por medio del gobierno, lo que también es peligroso para la felicidad del pueblo. Los dos caminos del clericalismo político y de la política

clerical deben ser evitados por los pueblos del mundo si quieren ser alguna vez felices.

Yo no creo, como Lenin, que la religión sea el opio de los pueblos. La religión debe ser, en cambio, la liberación de los pueblos; porque cuando el hombre se enfrenta con Dios alcanza las alturas de su extraordinaria dignidad. Si no hubiese Dios, si no estuviésemos destinados a Dios, si no existiese religión, el hombre sería un poco de polvo derramado en el abismo de la eternidad. Pero Dios existe y por El somos dignos, y por El todos somos iguales, y ante El nadie tiene privilegios sobre nadie. ¡Todos somos iguales! Yo no comprendo entonces por qué, en nombre de la religión y en nombre de Dios, puede predicarse la resignación frente a la injusticia. Ni por qué no puede en cambio reclamarse, en nombre de Dios y en nombre de la religión, esos supremos derechos de todos a la justicia y a la libertad. La religión no ha de ser jamás instrumento de opresión para los pueblos. Tiene que ser bandera de rebeldía.

La religión está en el alma de los pueblos porque los pueblos viven cerca de Dios, en contacto con el aire puro de la inmensidad.

Nadie puede impedir que los pueblos tengan fe. Si la perdiesen, toda la humanidad estaría perdida para siempre. Yo me rebelo contra las "religiones" que hacen agachar la frente de los hombres y el alma de los pueblos. Eso no puede ser religión. La religión debe levantar la cabeza de los hombres. Yo admiro a la religión que puede hacerle decir a un humilde descamisado frente a un emperador: "¡Yo soy lo mismo que Usted, hijo de Dios!" La religión volverá a tener su prestigio entre los pueblos si sus predicadores la enseñan así: como fuerza de rebeldía y de igualdad, no como instrumento de opresión. Predicar la resignación es predicar la esclavitud. Es necesario, en cambio, predicar la libertad y la justicia. ¡Es el amor el único camino por el que la religión podrá llegar a ver el día de los pueblos!..."

19 –

“El olvido.

“Evita vive. Es decir esta es una ficción alrededor de su anatema sobre el olvido: “Soy de las que no olvidan”, dice...

“Otra genealogía de la justicia ofrecía Perón al afirmar: “Señores, ante tanta insistencia les pido que no me recuerden lo que hoy ya he olvidado. Porque

los hombres que no son capaces de olvidar no merecen ser queridos ni respetados por sus semejantes y yo aspiro a ser querido por ustedes”.

“Fatídicos como suelen volver los textos del pasado quitados de contexto, este adquiere una alarmante anticipación: Eva no indulta y si, luego del levantamiento del 28 de septiembre de 1951, no está en la balaustrada del balcón presidencial, es porque ya sólo sobrevive de transfusiones de sangre.

“Luego usará fondos de la Fundación para comprar 5.000 pistolas automáticas y 1.500 ametralladoras para ser entregados a los obreros en caso de repetirse el suceso. Más allá de lo aventurado del gesto, y tal vez porque ella homologaba en la palabra “oligarca” a todos los enemigos del pueblo (incluso a los que se alejaban de él como los intelectuales) no podía soñar una paridad que supusiera una reconciliación.

“Para una iconografía de la resistencias: Evita, vestida por Paco Jamandreu y un sencillo collar de perlas, en un tarot popular donde la carta de La Templanza ha sido levemente modificada: las corrientes antagónicas no se juntan en un río común, las jarras que Evita levanta permanecen en alto esperando el fallo de la Justicia, donde el perdón se convierta en el protocolo para con los arrepentidos y definitivamente vencidos”, escribió María Moreno en aquel “Cuaderno de Fin de Siglo”, de noviembre de 1989.

20 –

Evita

“UNA SOLA CLASE

Es necesario que los hombres y mujeres del pueblo sean siempre sectarios y fanáticos y no se entreguen jamás a la oligarquía. No puede haber, como dice la doctrina de Perón, más que una sola clase: los que trabajan. Es necesario que los pueblos impongan en el mundo entero esta verdad peronista. Los dirigentes sindicales y las mujeres que son pueblo puro no pueden, no deben entregarse jamás a la oligarquía. Yo no hago cuestión de clases. Yo no auspicio la lucha de clases, pero el dilema nuestro es muy claro: la oligarquía que nos explotó miles de años en el mundo tratará siempre de vencerlos. Con ellos no nos entenderemos nunca, porque lo único que ellos quieren es lo único que nosotros no podremos darle jamás: nuestra libertad.

Para que no haya luchas de clases, yo no creo, como los comunistas, que sea necesario matar a todos los oligarcas del mundo. No, porque sería cosa de no acabar jamás, ya que una vez desaparecidos los de ahora tendríamos que empezar con nuestros hombres convertidos en oligarcas, en virtud de la ambición, de los honores, del dinero o del poder. El camino es convertir a todos los oligarcas del mundo: hacerlos pueblo, de nuestra clase y de nuestra raza. ¿Cómo? Haciéndolos trabajar para que integren la única clase que reconoce Perón: la de los hombres que trabajan. El trabajo es la gran tarea de los hombres, pero es la gran virtud. Cuando todos sean trabajadores, cuando todos vivan del propio trabajo y no del trabajo ajeno, seremos todos más buenos, más hermanos, y la oligarquía será un recuerdo amargo y doloroso para la humanidad. Pero, mientras tanto, lo fundamental es que los hombres del pueblo, los de la clase que trabaja, no se entreguen a la raza oligarca de los explotadores. Todo explotador es enemigo del pueblo. ¡La justicia exige que sea derrotado!”.

21 –

“Ella se muere. Para su mal y para su bien. Se muere en medio de sufrimientos atroces. “Soy muy chiquita para sufrir tanto”, ha dicho. Juancito, el tarambana de su hermano, se pone a gritar “no hay Dios, no hay Dios” cuando recibe la noticia. Perón le organiza funerales descomedidos. Es el 26 de julio de 1952.

Sin embargo, los que mueren jóvenes mueren intactos, mueren siendo lo que han sido. No envejecen, no negocian, no claudican, no concilian, no engordan, no se arrugan, no se contradicen, no tienen un antes y un después sino un presente constante. Así, Eva comparte el destino de Ernesto Guevara, o el de Marilyn Monroe, o el de James Dean, o el de George Gershwin o el de Mozart: mueren habiendo sido una sola cosa, un destello, una fugacidad sin hendijas”, apunta Feinmann.

22 –

Notas de un diario

Toda biografía tiende al fracaso.

No la contiene.

Nada puede decirse de ella.

Los pueblos del interior
despiertos en una pared
donde se funden el trabajo
y la magia, el sudor y una sonrisa.

Paredes de adobe levantadas,
el pecho pegado a la tierra
de espaldas al sol, hacer una casa.
Alguien sonríe en un
relato donde el tiempo
detuvo su imagen, mientras
envejece la memoria.

Había una vez una
muchacha de Junín que
alargó una calle de barro
hacia el centro del país de
los argentinos.

Los amores
cinematográficos son frases
historiográficas, fotografías
en desuso

Sus manos estaban
tendidas, abiertas como un
prodigio

Ella amaba las cosas de
todos los días, el lento
transcurrir de la
cotidianeidad, la
construcción de lo simple, el
río de la vida.
Mutaban los nombres.
Confundía el nombre de
Perón con el de su pueblo.

Los que no tienen nada que

perder. Esos, son los pobres

Perón encarnaba el destino
de su pueblo. Ella y su
pueblo eran la misma cosa.
Por eso dijo: “Volveré y seré
millones”.

Un puño en alto. Una mano
abierta. Una sonrisa y allí, la
verdad, un corazón al
descubierto.

Decir que Evita simboliza
bandera de los humildes es
una frase que no dice nada.
Ella, es el agitar de esa
bandera.

Por amor se despojó.
Evita no es un mito. No es el
personaje de una ópera, ni
el resplandor de un rostro
sobre un póster fundido.
Se inmoló en la hoguera de
la historia.
Así como dijera la madre del
Che Guevara: “Mi hijo no
nació para estar colgado en
una pared”.
Evita tampoco.

Ella debía morir y el pueblo
llorar.
Ella debía morir en un
hemisferio del sur y el
pueblo llorar a una madre
desaparecida.

A sus “grasitas” les dejó su

testimonio. Sólo una cosa no
existe, el olvido.

Evita es y será la magia del
peronismo, la música de un
pueblo en los oídos de un
líder.

Evita es y será el respirar de
una muchedumbre.

Un chico feliz.

El paso franco de un
anciano.

El espíritu de un pueblo en
combate.

La poesía incesante.

Por los hijos, la justicia o una
mano que puebla.

Como una multitud es una
sola boca.

O el herrumbre de un color
jamás alcanzado.

A Evita se la encuentra
rondando los jueves.

En la Plaza de Mayo.

Entre las Madres.

(Esto escribió Marta Costa).

23 –

Evita

“...POR CUALQUIER MEDIO

Nosotros somos un pequeño pueblo de la tierra, y sin embargo con nosotros
Perón decidió ganar, frente al imperialismo capitalista, nuestra propia justicia

y nuestra propia libertad. Y somos justos y libres. Podrá costar más o menos sacrificio ¡pero siempre se puede! No hay nada que sea más fuerte que un pueblo. Lo único que se necesita es decidirlo a ser justo, libre y soberano. ¿Los procedimientos? Hay mil procedimientos eficaces para vencer: con armas o sin armas, de frente o por la espalda, a la luz del día o a la sombra de la noche, con un gesto de rabia o con una sonrisa, llorando o cantando, por los medios legales o por los medios ilícitos que los mismos imperialismos utilizan en contra de los pueblos. Yo me pregunto: ¿qué pueden hacer un millón de acorazados, un millón de aviones y un millón de bombas atómicas contra un pueblo que decide sabotear a sus amos hasta conseguir la libertad y la justicia? Frente a la explotación inicua y execrable, todo es poco. Y cualquier cosa es importante para vencer.

EL HAMBRE Y LOS INTERESES

El arma de los imperialismos es el hambre. Nosotros, los pueblos sabemos lo que es morir de hambre. El talón de Aquiles del imperialismo son sus intereses. Donde esos intereses del imperialismo se llamen "petróleo" basta, para vencerlos, con echar una piedra en cada pozo. Donde se llame cobre o estaño basta con que se rompan las máquinas que los extraen de la tierra o que se crucen de brazos los trabajadores explotados... ¡No pueden vencemos! Basta con que nos decidamos. Así quiso que fuese Perón entre nosotros y vencimos. Ya no podrán jamás arrebatarnos nuestra justicia, nuestra libertad y nuestra soberanía. Tendrían que matarnos uno por uno a todos los argentinos. Y eso ya no podrán hacerlo jamás..."

24 –

“Una cantera”.

Las reflexiones de Beatriz Sarlo sobre Evita al analizar el contenido de uno de sus libros “La pasión y la excepción”, en una entrevista realizada por el periodista Daniel Link, en el diario “Página/12”, el 10 de agosto de 2003.

–La singularidad de la figura de Eva Perón es que, con el tiempo, pudo transformarse: primero ser bandera política, luego signo de lo que Carlos Altamirano llama el “peronismo verdadero” y, finalmente, objeto de marketing simbólico. Sin el espesor que tuvo, Eva ya hubiera sido normalizada, como de hecho Perón fue normalizado. Perón es un personaje

histórico. Eva sigue siendo, todavía hoy, una especie de personaje fabuloso, una cantera, quiero decir un lugar donde se suman cualidades extraordinarias cuya prueba es que son las cualidades de una persona extraordinaria. Aquí está la circularidad de la leyenda, que no quiere decir que sea falsa o verdadera. La leyenda es precisamente un más allá de lo verdadero o de lo falso. Yo quise trabajar en el más acá, es decir en las condiciones físicas, materiales, corporales que hicieron a Eva Perón. No me interesó en cambio el lado gótico de las peripecias del cadáver que sólo prueban de qué modo la venganza que se ejerció sobre Eva era parte de la potencia que tenía tanto para los vencedores como para los vencidos de 1955.

-Una corriente interpretativa poderosa ha colocado la figura de Evita en el ámbito del kitsch (peronista), que usted sistemáticamente rechaza...

-Es una idea fácil la del kitsch peronista. Un movimiento de masas tiene que tener una estética y es bastante improbable que esa estética sea la del decoro burgués o la de alguna vanguardia. Esto es tan obvio que no da para mucho más. Por otra parte, lo que me interesa de Eva, su cuerpo de reina del estado social peronista, tiene poco de kitsch. Es un cuerpo de reina y una iconografía de reina. A veces el kitsch está en la mirada; encontrar que algo es kitsch quizás resulta de no poder caracterizarlo con más precisión o, directamente, no entenderlo.

-Para mi generación, Eva Perón es, en primer lugar, un hecho de discurso: del discurso antiperonista y gorila, y de la saga de la injusticia y el regreso que estaba escribiendo el peronismo desde la resistencia. La voz de Perón formó parte de lo que escuché, sin entender, cuando tenía diez o doce años; y luego, la voz en las cintas que Perón enviaba desde Madrid; y los relatos de una época perdida; y la división entre amigos y enemigos. Con esto no quisiera decir que todo lo social es discurso: Eva fue un cuerpo, y eso es lo que trato de demostrar en el libro, un cuerpo que se volvió excepcional; el Estado de bienestar a la criolla del primer peronismo no fue un hecho de discurso. Pero yo lo conocí en el discurso de la política y de la leyenda. El caso Aramburu fue una gigantesca operación discursiva, pero esa operación estuvo sostenida por varias muertes, entre otras las de casi todos los que participaron en el secuestro. La muerte sostiene e inspira ese momento fundante del peronismo revolucionario. Me interesa cómo llegamos a eso: de qué modo el peronismo revolucionario tejió la trama única donde la leyenda peronista se convirtió en una práctica que fue aceptada porque había discursos, abundantes discursos, que la volvían adecuada y necesaria. ¿Cómo pudo producirse eso? ¿Cómo

llegamos a pensar, peronistas y no peronistas, lo que pensamos? A las palabras no se las lleva el viento precisamente.

-Pareciera repetir un mismo ademán en *El imperio de los sentimientos* (donde leía viejas novelas sentimentales) y en *La pasión y la excepción*, donde manifiesta la misma fruición por fotografías de moda igualmente viejas. Como si la distancia temporal se le hiciera necesaria para bloquear las identificaciones ingenuas que la cultura atribuye al género femenino.

–Tendría que responder, de nuevo: las palabras. Mirando las fotos de Eva Perón, sobre todo las que van desde sus comienzos como actriz hasta su coronación como reina peronista del Estado de bienestar a la criolla, me di cuenta de que no se habían usado las palabras justas, las palabras que venían de aquellos años: bordados, recamados, telas, botones, lentejuelas, príncipe de Gales, corte cruzado, drapeado, forrado, respunteado. Esas palabras son las que dialogan mejor con las fotos. Analizar esas fotos no fue un ejercicio de semiología, sino la reconstrucción de un vocabulario. Por supuesto, conozco ese vocabulario porque soy mujer y lo escuché en mi infancia, lo hablaban las mujeres de mi familia y las modistas. Estoy convencida de que ese vocabulario designa con exactitud, se trata de palabras especializadas, que forman parte de un saber. Y ese saber, el de la moda y el del cuerpo recubierto por la moda, produjo la imagen de Eva. No fue difícil porque, además, sentí el placer de la exactitud para describir bien lo que había sido bien hecho. Es probable que sea la sensibilidad de una mujer, pero no necesariamente sólo posible en una mujer. La sensibilidad atribuida a las mujeres tiene menos miedo a la banalidad y por eso, llegado el caso, se defiende mejor de lo banal -terminaba diciendo Sarlo en aquella entrevista de 2003.

25 –

“Ella, en los setenta, se guevariza. Es el Che de la juventud militante. El dibujo de Carpani reemplaza al de Manteola, el que ilustraba la cubierta de *La razón de mi vida*. Se recuerdan sus frases más duras. Se gritan en los actos militantes. “La patria dejará de ser colonia o la bandera flameará sobre sus ruinas.”

“Hoy, en la Argentina devastada del nuevo siglo, es difícil conjeturar dónde está. Pero si de buscarla se trata o, mejor aún, si se trata de encontrar el rostro que de ella permaneció, el que la muerte dibujó para siempre, el de la militante bastarda, rencorosa, vengativa, dura, autoritaria, apasionada por los

desheredados y por la justicia social, habremos de encontrarla entre las geografías del riesgo. Entre los de abajo, entre sus vivos y entre sus muertos”, termina José Pablo Feinmann su nota “Siete primeros planos de Eva Perón”, publicada originalmente el 22 de julio de 2002 en el diario “Página/12”.

26 –

La Eva de Oesterheld y Breccia.

Cuenta Diego Accorsi que Oesterheld que ya había guionado la vida del Che en enero de 1968, “planea una historietita que cuenta la vida, obra y muerte del personaje más famoso de nuestra historia reciente, que traspasó las fronteras de Argentina, que traspasó las fronteras de la política e incluso las de la muerte de Eva Perón.

“En ese momento, con Perón en el exilio, militares en el gobierno y el cuerpo de Eva todavía desaparecido, la fuerza del nombre era poderosísima. Con la idea de escribir sobre Eva Perón desde el inicio de la colección de próceres latinoamericanos que lanzara el libro de El Che -Editorial Jorge Alvarez-, Oesterheld quería rendirle su homenaje a Eva Perón.

“Escribió el argumento y se lo entregó a Alberto Breccia para que lo dibujara. Es decir: Alberto tenía las indicaciones de qué tenía que dibujar en cada cuadro, página a página, pero aún no estaba el texto definitivo...

“Vida y obra de Eva Perón” salió a la venta a 3 pesos en 1970, extrañamente sin ninguna indicación de editorial, imprenta o distribuidor. Nada. Los rumores indican que la edición estuvo a cargo de la CGT, interesada en el proyecto por mediación de Murray. Por supuesto el gobierno de facto no iba a dejar que se difundiera esta obra y fue rápidamente secuestrada y destruida. Durante 32 años la obra permaneció apenas como un rumor, un secreto, un mito: Oesterheld, Breccia y Evita.

“En 2002 se editó reemplazando el texto de Murray por otro más actual descartando cuadros y quitándole los colores tradicionales de la época para convertirlo en un libro en blanco y negro...”, marcaba Accorsi.

-Esta es la crónica de la vida y la obra de una figura excepcional que trascendió fronteras y triunfa del tiempo idolatrada por los humildes y desvalidos. Odiada por los personeros del privilegio, ni unos ni otros pueden

olvidarla. No pasó por la historia como un hermoso meteoro. Fue, hizo y es historia. Más allá, incluso, de lo político continúa influyendo como símbolo con tanta o mayor fuerza que en los instantes estelares de su existencia – decía Oesterheld en el cuadro inicial.

-Del Cid se dijo que ganó batallas hasta después de muerto. Eva Perón carece de tumba señalada en el espacio pero reside en el más envidiable de los santuarios: el corazón del pueblo. La injusticia muerde todavía en su imagen temiendo las expresiones multitudinarias de reconocimiento pero el amor de los más siempre vence al odio o al miedo de los menos – agrega en el segundo recuadro.

-El caso de los despojos inmortales escamoteados al pueblo no puede seguir siendo un tema detectivesco sin precedentes en el mundo. Resolverlo no constituirá solamente un acto de reparación histórica, también brindará una segura prenda de paz entre los argentinos. Meditémoslo antes de sumergirnos en esta epopeya de amor militante – apuntaba Oesterheld.

El 3 de junio de 1977 fue secuestrado y desaparecido.

También habían hecho lo mismo con sus cuatro hijas —Estela (25), Diana (24), Beatriz (19) y Marina (18); dos de ellas, embarazadas— y tres de sus yernos. Su mujer, Elsa Sánchez, activista e integrante de Abuelas de Plaza de Mayo, mantuvo viva la memoria y obra de Oesterheld hasta su muerte en 2015.

Pero sus historietas siguen leyéndose.

27 –

Galeano

1952

Buenos Aires

El pueblo argentino desnudo de ella

¡Viva el cáncer!, escribió alguna mano enemiga en un muro de Buenos Aires.

La odiaban, la odian los biencomidos: por pobre, por mujer, por insolente. Ella los desafiaba hablando y los ofendía viviendo. Nacida para sirvienta, o a lo sumo para actriz de melodramas baratos, Evita se había salido de su lugar.

La querían, la quieren los malqueridos; por su boca ellos decían y maldecían.

Además Evita era el hada rubia que abrazaba al leproso y al haraposito y daba paz al desesperado, el incesante manantial que prodigaba empleos y colchones, zapatos y máquinas de coser, dentaduras postizas, ajueres de novia.

Los míseros recibían estas caridades desde al lado, no desde arriba, aunque Evita luciera joyas despampanantes y en pleno verano ostentara abrigos de visón. No es que le perdonaran el lujo: se lo celebraban. No se sentía el pueblo humillado sino vengado por sus atavíos de reina.

Ante el cuerpo de Evita, rodeado de claveles blancos desfila el pueblo llorando. Día tras día, noche tras noche, la hilera de antorchas: una caravana de dos semanas de largo.

Suspiran aliviados los usureros, los mercaderes, los señores de la tierra. Muerta Evita el Presidente Perón es un cuchillo sin filo

28 -

“Como se sabe, la “vida” de Evita no terminó con su muerte. No sólo por la notable persistencia de la memoria sino porque su cuerpo embalsamado fue secuestrado en el primer piso de la CGT por un comando de la llamada “Revolución Libertadora”. La decisión se tomó tras arduos debates sobre qué debía hacerse con el cadáver que incluyeron proposiciones premonitorias, como arrojarla al mar desde un avión de la Marina o incinerar el cadáver. Finalmente se decidió que, ante todo, debía sacársela de la CGT para evitar que el edificio de la calle Azopardo se transformara en un lugar de culto y por lo tanto de reunión de sus fervientes partidarios. Como se le escuchó decir al subsecretario de Trabajo del gobierno golpista: “Mi problema no son los obreros. Mi problema es ‘eso’ que está en el segundo piso de la CGT””, comienza diciendo el historiador Felipe Pigna en su nota “Secuestro y desaparición del cadáver de Eva Perón”.

29 –

El 11 de agosto de 1952, tras un funeral de 16 días, el cuerpo es trasladado a la CGT, donde el doctor Pedro Ara montó un laboratorio para lograr que el cadáver incorruptible sea inmutable y no se reseque como una momia vulgar.

En agosto de 1953, el doctor Ara concluye su trabajo pero el cadáver sigue en la CGT porque no se ha construido el monumento donde deberá yacer.

30 –

En la noche del 22 de noviembre de 1955, el teniente coronel Carlos Eugenio Moori Koenig –su apellido significa “rey de la ciénaga”–, jefe del Servicio de Inteligencia del Ejército (SIE), y su lugarteniente el mayor Eduardo Antonio Arandía ordenaron a los capitanes Lupano, Alemán y Gotten que abandonaran sus puestos de guardia en la CGT sobre la puerta que separaba al cadáver de Eva Perón del mundo exterior.

El coronel, el mayor y la patota que los acompañaba traían la orden emanada de las más altas autoridades de la llamada “Revolución Libertadora” de secuestrar el cadáver de la mujer más amada y más odiada –aunque no en las mismas proporciones– de la Argentina. Y así, por aquellas cosas de la “obediencia debida” y del propio odio de clase, cumplieron acabadamente con su misión ante la mirada atónita del doctor Pedro Ara, que veía cómo se llevaban junto con Evita a su obra más perfecta.

Las órdenes dadas por los jefes golpistas, curiosamente denominados “libertadores”, al teniente coronel y su grupo eran muy precisas: había que darle al cuerpo “cristiana sepultura”, lo cual no podía significar otra cosa que un entierro clandestino. Pero el “rey de la ciénaga” no era sólo el jefe de aquel servicio de inteligencia, era un fanático antiperonista que sentía un particular odio por Evita. Ese odio se fue convirtiendo en una necrófila obsesión que lo llevó a desobedecer al propio presidente Aramburu y a someter el cuerpo a insólitos paseos por la ciudad de Buenos Aires en una furgoneta de florería. Intentó depositarlo en una unidad de la Marina y finalmente lo dejó en el altillo de la casa de su compañero y confidente, el mayor Arandía. A pesar del hermetismo de la operación, la resistencia peronista parecía seguir la pista del cadáver y por donde pasaba, a las pocas horas aparecían velas y flores. La paranoia no dejaba dormir al mayor Arandía. Una noche, escuchó ruidos en su casa de la avenida General Paz al 500 y, creyendo que se trataba de un comando peronista que venía a rescatar a su abanderada, tomó su 9 milímetros

y vació el cargador sobre un bulto que se movía en la oscuridad: era su mujer embarazada, quien cayó muerta en el acto.

31 –

Esa mujer, de Rodolfo Walsh

El coronel elogia mi puntualidad:

—Es puntual como los alemanes —dice.

—O como los ingleses.

El coronel tiene apellido alemán.

Es un hombre corpulento, canoso, de cara ancha, tostada.

—He leído sus cosas —propone—. Lo felicito.

Mientras sirve dos grandes vasos de whisky, me va informando, casualmente, que tiene veinte años de servicios de informaciones, que ha estudiado filosofía y letras, que es un curioso del arte. No subraya nada, simplemente deja establecido el terreno en que podemos operar, una zona vagamente común.

Desde el gran ventanal del décimo piso se ve la ciudad en el atardecer, las luces pálidas del río. Desde aquí es fácil amar, siquiera momentáneamente, a Buenos Aires. Pero no es ninguna forma concebible de amor lo que nos ha reunido.

El coronel busca unos nombres, unos papeles que acaso yo tenga.

Yo busco una muerta, un lugar en el mapa. Aún no es una búsqueda, es apenas una fantasía: la clase de fantasía perversa que algunos sospechan que podría ocurrírseme.

Algún día (pienso en momentos de ira) iré a buscarla. Ella no significa nada para mí, y sin embargo iré tras el misterio de su muerte, detrás de sus restos que se pudren lentamente en algún remoto cementerio. Si la encuentro, frescas altas olas de cólera, miedo y frustrado amor se alzarán, poderosas vengativas olas, y por un momento ya no me sentiré solo, ya no me sentiré como una arrastrada, amarga, olvidada sombra.

El coronel sabe dónde está.

Se mueve con facilidad en el piso de muebles ampulosos, ornado de marfiles y de bronces, de platos de Meissen y Cantón. Sonríe ante el Jongkind falso, el Fígari dudoso. Pienso en la cara que pondría si le dijera quién fabrica los Jongkind, pero en cambio elogio su whisky.

Él bebe con vigor, con salud, con entusiasmo, con alegría, con superioridad, con desprecio. Su cara cambia y cambia, mientras sus manos gordas hacen girar el vaso lentamente.

—Esos papeles —dice.

Lo miro.

—Esa mujer, coronel.

Sonríe.

—Todo se encadena —filosofa.

A un potiche de porcelana de Viena le falta una esquirla en la base. Una lámpara de cristal está rajada. El coronel, con los ojos brumosos y sonriendo, habla de la bomba.

—La pusieron en el palier. Creen que yo tengo la culpa. Si supieran lo que he hecho por ellos, esos roñosos.

—¿Mucho daño? —pregunto. Me importa un carajo.

—Bastante. Mi hija. La he puesto en manos de un psiquiatra. Tiene doce años —dice.

El coronel bebe, con ira, con tristeza, con miedo, con remordimiento.

Entra su mujer, con dos pocillos de café.

—Contale vos, Negra.

Ella se va sin contestar; una mujer alta, orgullosa, con un rictus de neurosis. Su desdén queda flotando como una nubecita.

—La pobre quedó muy afectada —explica el coronel—. Pero a usted no le importa esto.

—¡Cómo no me va a importar!... Oí decir que al capitán N y al mayor X también les ocurrió alguna desgracia después de aquello.

El coronel se ríe.

—La fantasía popular —dice—. Vea cómo trabaja. Pero en el fondo no inventan nada. No hacen más que repetir...

32 –

Enterado Aramburu del asunto, dispuso el relevo de Moori Koenig, su traslado a Comodoro Rivadavia y su reemplazo por el coronel Héctor Cabanillas, quien propuso sacar el cuerpo del país y organizar un “Operativo Traslado”. Allí entró en la historia el futuro presidente de facto y entonces jefe del Regimiento de Granaderos a caballo, teniente coronel Alejandro Lanusse, quien pidió ayuda a su amigo, el capellán Francisco “Paco” Rotger. El plan consistía en trasladar el cuerpo a Italia y enterrarlo en un cementerio de Milán con nombre falso. La clave era la participación de la Compañía de San Pablo, comunidad religiosa de Rotger, que se encargaría de custodiar la tumba. El desafío para Rotger era comprometer la ayuda del superior general de los paulinos, el padre Giovanni Penco, y del propio Papa Pío XII.

Rotger viajó a Italia y finalmente logró su cometido. A su regreso, Cabanillas puso en práctica el Operativo Traslado. Embarcaron el féretro en el buque Conte Biancamano con destino a Génova; acompañaban la misión el oficial Hamilton Díaz y el suboficial Manuel Sorolla. En Génova los esperaba el propio Penco. El cuerpo de Evita fue sacado del país bajo el nombre de “María Maggi de Magistris”.

Evita fue inhumada en el Cementerio Mayor de Milán en presencia de Hamilton Díaz y Sorolla, quien hizo las veces de Carlo Maggi, hermano de la fallecida. Una laica consagrada de la orden de San Pablo, llamada Giuseppina Airoidi, conocida como la “Tía Pina”, fue la encargada de llevarle flores durante los 14 años que el cuerpo permaneció sepultado en Milán. Pina nunca supo que le estaba llevando flores a Eva Perón.

La operación eclesiástico-militar fue un éxito y uno de los secretos de la historia argentina mejor guardados.

33 –

(Sigue “Esa mujer”, de Walsh)...El coronel se seca la transpiración con la mano gorda y velluda.

—Pero el mayor X tuvo un accidente, mató a su mujer.

—¿Qué más? —dice, haciendo tintinear el hielo en el vaso.

—Le pegó un tiro una madrugada.

—La confundió con un ladrón —sonríe el coronel . Esas cosas ocurren.

—Pero el capitán N...

—Tuvo un choque de automóvil, que lo tiene cualquiera, y más él, que no ve un caballo ensillado cuando se pone en pedo.

—¿Y usted, coronel?

—Lo mío es distinto —dice—. Me la tienen jurada.

Se para, da una vuelta alrededor de la mesa.

—Creen que yo tengo la culpa. Esos roñosos no saben lo que yo hice por ellos. Pero algún día se va a escribir la historia. A lo mejor la va a escribir usted.

—Me gustaría.

—Y yo voy a quedar limpio, yo voy a quedar bien. No es que me importe quedar bien con esos roñosos, pero sí ante la historia, ¿comprende?

—Ojalá dependa de mí, coronel.

—Anduvieron rondando. Una noche, uno se animó. Dejó la bomba en el palier y salió corriendo.

Mete la mano en una vitrina, saca una figurita de porcelana policromada, una pastora con un cesto de flores.

—Mire.

A la pastora le falta un bracito.

—Derby —dice—. Doscientos años.

La pastora se pierde entre sus dedos repentinamente tiernos. El coronel tiene una mueca de fierro en la cara nocturna, dolorida.

—¿Por qué creen que usted tiene la culpa?

—Porque yo la saqué de donde estaba, eso es cierto, y la llevé donde está ahora, eso también es cierto. Pero ellos no saben lo que querían hacer, esos roñosos no saben nada, y no saben que fui yo quien lo impidió.

El coronel bebe, con ardor, con orgullo, con fiereza, con elocuencia, con método.

—Porque yo he estudiado historia. Puedo ver las cosas con perspectiva histórica. Yo he leído a Hegel.

—¿Qué querían hacer?

—Fondearla en el río, tirarla de un avión, quemarla y arrojar los restos por el inodoro, diluirla en ácido. ¡Cuanta basura tiene que oír uno! Este país está cubierto de basura, uno no sabe de dónde sale tanta basura, pero estamos todos hasta el cogote.

—Todos, coronel. Porque en el fondo estamos de acuerdo, ¿no? Ha llegado la hora de destruir. Habría que romper todo.

—Y orinarle encima.

—Pero sin remordimientos, coronel. Enarbolando alegremente la bomba y la picana. ¡Salud! —digo levantando el vaso.

No contesta. Estamos sentados junto al ventanal. Las luces del puerto brillan azul mercurio. De a ratos se oyen las bocinas de los automóviles, arrastrándose lejanas como las voces de un sueño. El coronel es apenas la mancha gris de su cara sobre la mancha blanca de su camisa.

—Esa mujer —le oigo murmurar—. Estaba desnuda en el ataúd y parecía una virgen. La piel se le había vuelto transparente. Se veían las metástasis del cáncer, como esos dibujitos que uno hace en una ventanilla mojada.

El coronel bebe. Es duro.

—Desnuda —dice—. Éramos cuatro o cinco y no queríamos mirarnos. Estaba ese capitán de navío, y el gallego que la embalsamó, y no me acuerdo quién más. Y cuando la sacamos del ataúd —el coronel se pasa la mano por la frente—, cuando la sacamos, ese gallego asqueroso...

Oscurece por grados, como en un teatro. La cara del coronel es casi invisible. Sólo el whisky brilla en su vaso, como un fuego que se apaga despacio. Por la puerta abierta del departamento llegan remotos ruidos.

El asunto volvió a los primeros planos cuando en 1970 Montoneros secuestró a Pedro Aramburu y exigió el cuerpo de Evita. En los interrogatorios se le preguntó insistentemente por el destino del cadáver de Evita. Según declaraciones de Mario Firmenich: “Nosotros le preguntábamos a Aramburu por el cadáver de Evita. Dijo que estaba en Italia y que la documentación estaba guardada en una caja de seguridad del Banco Nación, y después de dar muchas vueltas y no querer decir las cosas, finalmente dijo que el cadáver de Evita tenía cristiana sepultura y que estaba toda la documentación del caso en manos del coronel Cabanillas, y además se comprometió a que si nosotros lo dejábamos en libertad él haría aparecer el cadáver de Evita. Pero nosotros decíamos que esto no era una negociación, que era un juicio.

Para nosotros no estaba en discusión la pena [de muerte]. Pero además nos interesaba averiguar sobre el cadáver de Eva Perón. Por eso, no planificamos un simple atentado callejero, sino una acción de más envergadura, de más audacia, que era como decir: ‘nos vamos a jugar, vamos a hacer lo que el pueblo ha sentenciado’”.

El Comunicado Número 3 de Montoneros, fechado el 31 de mayo de 1970, dice que Aramburu se declaró responsable “de la profanación del lugar donde descansaban los restos de la compañera Evita y la posterior desaparición de los mismos para quitarle al pueblo hasta el último resto material de quien fuera su abanderada”.

(Sigue “Esa Mujer”, el maravilloso texto de Rodolfo Walsh)...Se sienta, más cerca del ventanal ahora. La metralleta ha desaparecido y el coronel divaga nuevamente sobre aquella gran escena de su vida.

—...se le tiró encima, ese gallego asqueroso. Estaba enamorado del cadáver, la tocaba, le manoseaba los pezones. Le di una trompada, mire

—el coronel se mira los nudillos—, que lo tiré contra la pared. Está todo podrido, no respetan ni a la muerte. ¿Le molesta la oscuridad?

—No.

—Mejor. Desde aquí puedo ver la calle. Y pensar. Pienso siempre. En la oscuridad se piensa mejor.

Vuelve a servirse un whisky.

—Pero esa mujer estaba desnuda —dice, argumenta contra un invisible contradictor—. Tuve que teparle el monte de Venus, le puse una mortaja y el cinturón franciscano.

Bruscamente se ríe.

—Tuve que pagar la mortaja de mi bolsillo. Mil cuatrocientos pesos. Eso le demuestra, ¿eh? Eso le demuestra.

Repite varias veces "Eso le demuestra", como un juguete mecánico, sin decir qué es lo que eso me demuestra.

—Tuve que buscar ayuda para cambiarla de ataúd. Llamé a unos obreros que había por ahí. Figúrese como se quedaron. Para ellos era una diosa, qué sé yo las cosas que les meten en la cabeza, pobre gente.

—¿Pobre gente?

—Sí, pobre gente —el coronel lucha contra una escurridiza cólera interior—. Yo también soy argentino.

—Yo también, coronel, yo también. Somos todos argentinos.

—Ah, bueno —dice.

—¿La vieron así?

—Sí, ya le dije que esa mujer estaba desnuda. Una diosa, y desnuda, y muerta. Con toda la muerte al aire, ¿sabe? Con todo, con todo...

La voz del coronel se pierde en una perspectiva surrealista, esa frasecita cada vez más rémova encuadrada en sus líneas de fuga, y el descenso de la voz manteniendo una divina proporción o qué. Yo también me sirvo un whisky.

—Para mí no es nada —dice el coronel—. Yo estoy acostumbrado a ver mujeres desnudas. Muchas en mi vida. Y hombres muertos. Muchos en Polonia, el 39. Yo era agregado militar, dese cuenta.

Quiero darme cuenta, sumo mujeres desnudas más hombres muertos, pero el resultado no me da, no me da, no me da... Con un solo movimiento muscular me pongo sobrio, como un perro que se sacude el agua.

—A mí no me podía sorprender. Pero ellos...

—¿Se impresionaron?

—Uno se desmayó. Lo desperté a bofetadas. Le dije: "Maricón, ¿esto es lo que hacés cuando tenés que enterrar a tu reina? Acordate de San Pedro, que se durmió cuando lo mataban a Cristo." Después me agradeció.

Miró la calle. "Coca" dice el letrero, plata sobre rojo. "Cola" dice el letrero, plata sobre rojo. La pupila inmensa crece, círculo rojo tras concéntrico círculo rojo, invadiendo la noche, la ciudad, el mundo. "Beba".

—Beba —dice el coronel.

Bebo.

—¿Me escucha?

—Lo escucho.

Le cortamos un dedo.

—¿Era necesario?

El coronel es de plata, ahora. Se mira la punta del índice, la demarca con la uña del pulgar y la alza.

—Tantito así. Para identificarla.

—¿No sabían quién era?

Se ríe. La mano se vuelve roja. "Beba".

—Sabíamos, sí. Las cosas tienen que ser legales. Era un acto histórico, ¿comprende?

—Comprendo.

—La impresión digital no agarra si el dedo está muerto. Hay que hidratarlo. Más tarde se lo pegamos.

—¿Y?

—Era ella. Esa mujer era ella.

—¿Muy cambiada?

—No, no, usted no me entiende. Igualita. Parecía que iba a hablar, que iba a... Lo del dedo es para que todo fuera legal. El profesor R. controló todo, hasta le sacó radiografías.

—¿El profesor R.?

—Sí. Eso no lo podía hacer cualquiera. Hacía falta alguien con autoridad científica, moral.

36 –

En 1971, durante la presidencia de Lanusse y en plena formación del Gran Acuerdo Nacional, como gesto de reconocimiento, devolvió el cuerpo a Perón. Rotger viajó a Milán y obtuvo el cadáver. Cabanillas y Sorolla viajaron a Italia para cumplir con el "Operativo Devolución". El cuerpo fue exhumado el 1º de septiembre de 1971, llevado a España y entregado a Perón en Puerta de Hierro, dos días después, por el embajador Rojas Silveyra.

Por pedido de Perón, Pedro Ara revisó el cadáver y lo encontró intacto; pero para las hermanas de Eva y el doctor Tellechea, que lo restauró en 1974, estaba muy deteriorado. Perón regresó al país con Isabel y el "brujo" José López Rega, pero sin los restos de Evita. Ya muerto Perón, la organización Montoneros secuestró el 15 de octubre de 1974 el cadáver de Aramburu para exigir la repatriación del de Eva. Isabel accedió al canje y dispuso el traslado, que se concretó el 17 de noviembre (día del militante peronista). El cuerpo de Evita fue depositado junto al de Perón en una cripta diseñada especialmente en la Quinta de Olivos para que el público pudiera visitarla. Tras el golpe de

marzo de 1976, los jefes de la dictadura tuvieron largos conciliábulos sobre qué hacer al respecto. El almirante Massera, siguiendo su costumbre, propuso arrojar el cuerpo de Evita al mar, sumándolo a los de tantos detenidos-desaparecidos.

Finalmente, los dictadores decidieron acceder al pedido de las hermanas de Eva y trasladar los restos a la bóveda de la familia Duarte en la Recoleta. En la nota citada, María Seoane y Silvana Boschi le preguntaron a un alto jefe de la represión ilegal, muy cercano a Videla, testigo de aquellos conciliábulos:

“¿Por qué urgía más a la Junta trasladar el cadáver de Evita que el de Perón?”.

La respuesta del militar no se hizo esperar: “Tal vez porque a ella es a la única que siempre, aun después de muerta, le tuvimos miedo”, terminaba diciendo la excelente nota de Felipe Pigna.

37 –

Ya no sé dónde está el coronel. El reflejo plateado lo busca, la pupila roja. Tal vez ha salido. Tal vez ambula entre los muebles. El edificio huele vagamente a sopa en la cocina, colonia en el baño, pañales en la cuna, remedios, cigarrillos, vida, muerte.

—Llueve —dice su voz extraña.

Miro el cielo: el perro Sirio, el cazador Orión.

—Llueve día por medio —dice el coronel—. Día por medio llueve en un jardín donde todo se pudre, las rosas, el pino, el cinturón franciscano.

Dónde, pienso, dónde.

—¡Está parada! —grita el coronel—. ¡La enterré parada, como Facundo, porque era un macho!

Entonces lo veo, en la otra punta de la mesa. Y por un momento, cuando el resplandor cárdeno lo baña, creo que llora, que gruesas lágrimas le resbalan por la cara.

—No me haga caso —dice, se sienta—. Estoy borracho.

Y largamente llueve en su memoria.

Me paro, le toco el hombro.

—¿Eh? —dice— ¿Eh? —dice.

Y me mira con desconfianza, como un ebrio que se despierta en un tren desconocido.

—¿La sacaron del país?

—Sí.

—¿La sacó usted?

—Sí.

—¿Cuántas personas saben?

—DOS.

—¿El Viejo sabe?

Se ríe.

—Cree que sabe.

—¿Dónde?

No contesta.

—Hay que escribirlo, publicarlo.

—Sí. Algún día.

Parece cansado, remoto.

—¡Ahora! —me exaspero—. ¿No le preocupa la historia? ¡Yo escribo la historia, y usted queda bien, bien para siempre, coronel!

La lengua se le pega al paladar, a los dientes.

—Cuando llegue el momento... usted será el primero...

—No, ya mismo. Piense. Paris Match. Life. Cinco mil dólares. Diez mil. Lo que quiera.

Se ríe.

—¿Dónde, coronel, dónde?

Se para despacio, no me conoce. Tal vez va a preguntarme quién soy, qué hago ahí.

Y mientras salgo derrotado, pensando que tendré que volver, o que no volveré nunca. Mientras mi dedo índice inicia ya ese infatigable itinerario por los mapas, uniendo isoyetas, probabilidades, complicidades. Mientras sé que ya no me interesa, y que justamente no moveré un dedo, ni siquiera en un mapa, la voz del coronel me alcanza como una revelación.

—Es mía —dice simplemente—. Esa mujer es mía.

(Final de “Esa mujer”, de Rodolfo Walsh).

38 –

“...A partir de ese momento, septiembre de 1955, se alternan las diversas teorías y explicaciones. Unos dicen que los restos fueron incinerados y echados al mar. Otros que se los sepultó en el exterior. Los partidarios del régimen depuesto no descansarán en sus reclamos de aclaración de ese punto. Es así que durante años presentan peticiones al congreso y al poder ejecutivo”, escribió Oesterheld en el guión de su historieta.

39 –

“Cada aniversario de su muerte, misas y en muchos casos manifestaciones de protesta por la desaparición de los restos. Una situación que ni siquiera conforma a los más acérrimos adversarios. ¿Hasta cuándo?, es la pregunta que ya lleva tres lustros”, agregaba el creador de “El Eternauta”.

40 –

“...Legisladores y políticos de tendencias opuestas adhieren a los reclamos sobre los restos de Eva Perón. Familiares suyos rompen el silencio de años y plantean la cuestión legal...”, añade el guionista.

41 –

“Mientras tanto el pueblo que la adoraba en vida, agradecido mantiene intacto su fervor. Eva Perón es ya algo más que política y conflictos sociales. Es historia argentina, americana y mundial, aunque sólo pretendió ser “una humilde mujer de mi pueblo grande”, termina Héctor Oesterheld.

42 –

En su libro “Canciones contra el mal de ojo”, del año 1976, nada menos que el inicio de la noche carnívora del terrorismo de estado, María Elena Walsh incluyó su poema “Eva”.

Calle Florida, túnel de flores podridas.

Y el pobrío se quedó sin madre llorando entre faroles sin crespones.

Llorando en cueros, para siempre, solos.

Sombríos machos de corbata negra sufrían rencorosos por decreto y el órgano por Radio del Estado hizo durar a Dios un mes o dos.

Buenos Aires de niebla y de silencio.

El Barrio Norte tras las celosías encargaba a París rayos de sol.

La cola interminable para verla y los que maldecían por si acaso no vayan esos cabecitas negras a bienaventurar a una cualquiera.

Flores podridas para Cleopatra.

Y los grasitas con el corazón rajado, rajado en serio. Huérfanos. Silencio.

Calles de invierno donde nadie pregona El Líder, Democracia, La Razón.

Y Antonio Tormo calla “amémonos”.

Un vendaval de luto obligatorio.
Escarapelas con coágulos negros.
El siglo nunca vio muerte más muerte.
Pobrecitos rubíes, esmeraldas, visones ofrendados por el pueblo,
sandalias de oro, sedas virreinales, vacías, arrumbadas en la noche.
Y el odio entre paréntesis, rumiando venganza en sótanos y con picana.
Y el amor y el dolor que eran de veras gimiendo en el cordón de la
vereda.
Lágrimas enjuagadas con harapos, Madrecita de los Desamparados.
Silencio, que hasta el tango se murió.
Orden de arriba y lagrimas de abajo.
En plena juventud. No somos nada.
No somos nada más que un gran castigo.
Se pintó la República de negro mientras te maquillaban y enlodaban.
En los altares populares, santa.
Hiena de hielo para los gorilas pero eso sí, solísima en la muerte.
Y el pueblo que lloraba para siempre sin prever tu atroz peregrinaje.
Con mis ojos la vi, no me vendieron esta leyenda, ni me la robaron.
Días de julio del 52 ¿Qué importa donde estaba yo? II No descanses en
paz, alza los brazos no para el día del renunciamento sino para juntarte a
las mujeres con tu bandera redentora lavada en pólvora, resucitando.
No sé quién fuiste, pero te jugaste.
Torciste el Riachuelo a Plaza de Mayo, metiste a las mujeres en la
historia de prepo, arrebatando los micrófonos, repartiendo venganzas y
limosnas.
Bruta como un diamante en un chiquero ¿Quién va a tirarte la última
piedra? Quizás un día nos juntemos para invocar tu insólito coraje.
Todas, las contreras, las idólatras, las madres incesantes, las rameras, las
que te amaron, las que te maldijeron, las que obedientes tiran hijos a la
basura de la guerra, todas las que ahora en el mundo fraternizan
sublevándose contra la aniquilación.
Cuando los buitres te dejen tranquila y huyas de las estampas y el ultraje
empezaremos a saber quién fuiste.
Con látigo y sumisa, pasiva y compasiva, única reina que tuvimos, loca
que arrebató el poder a los soldados.
Cuando juntas las reas y las monjas y las violadas en los teleteatros y las
que callan pero no consienten arrebatemos la liberación para no
naufregar en espejitos ni bañarnos para los ejecutivos.
Cuando hagamos escándalo y justicia el tiempo habrá pasado en limpio
tu prepotencia y tu martirio, hermana.

Tener agallas, como vos tuviste, fanática, leal, desenfrenada en el candor de la beneficencia pero la única que se dio el lujo de coronarse por los sumergidos.

Agallas para hacer de nuevo el mundo.

Tener agallas para gritar basta aunque nos amordacen con cañones.

43 –

Dora Barrancos sostuvo en el centenario del nacimiento de Evita, en mayo de 2019, que “el feminismo de Evita constituye todo un desafío; es un contra feminismo muy feminista... No hay una figura como la de Evita en ninguno de los movimientos populares de América Latina... A medida que se tornaba desbordada, tan insumisa, fue creando la condición de su propia excepcionalidad. Ella fue una intérprete de pasiones entre la masa y líder, y ocupa un lugar propio; con Evita se da la feminización del poder político y esa es una marca que le debemos a esa convicción exasperante al punto de la anulación del propio cuerpo... darles el impudor del lujo, eso es lo que hizo Evita”, sostuvo la socióloga.

44 –

“Yo me crié con Eva en el poder. Así que nadie a mí me tuvo que explicar que las mujeres son poderosas porque he vivido esta circunstancia de manera gloriosa”, recordó la notable cantante y actriz Nacha Guevara.

“Y no fue a través de discursos y palabras, sino por medio de las acciones de una mujer que militaba fuertemente al lado de un hombre. Y esas imágenes en la mirada de una niña son particularmente poderosas... En la Argentina, hay un tipo de mujer antes y después de Eva”, analizó.

“Reparemos que antes de las conquistas obtenidas por Eva, las mujeres para cortarse el pelo tenían que pedir permiso a sus maridos, no podían salir del hogar después de las 20, no podían heredar, no podían votar ni trabajar sin la autorización de sus cónyuges; entonces, todo esto, ante los ojos de una niña como era yo, no se presentaba como algo excepcional sino completamente normal”, argumentó.

“Nadie, reitero, me tenía que explicar que las mujeres son poderosas. Los hindúes dicen: ‘A los chicos no se los educa con las palabras; se los educa con actos y conductas... Por todo esto es que yo me vi en la imperiosa necesidad

de plasmar a Eva sobre un escenario porque sentía la obligación de brindarle tributo; le debía muchas cosas; así me lo propuse y lo llevé a cabo”, terminó diciendo Nacha Guevara en una entrevista publicada en el diario “El Intransigente”, en marzo de 2020.

45 –

“Habían pasado ochenta días de la muerte de Eva Perón cuando en el masivo acto del 17 de octubre de 1952, desde los balcones de la casa de gobierno el locutor oficial comenzó a leer la que sería la “voluntad suprema” de la esposa del presidente. “Quiero vivir eternamente con Perón y mi pueblo. Esta es mi voluntad absoluta y permanente y será por lo tanto cuando llegue mi hora, la última voluntad de mi corazón. Donde este Perón y donde estén mis descamisados allí estará siempre mi corazón para quererlos con todas las fuerzas de mi alma”. Se trataba del anteúltimo capítulo de “Mi mensaje”, el libro que Eva había dictado entre 1951 y sus últimos días a Juan Jiménez Domínguez, un maestro y dirigente gremial que fue su estrecho colaborador...”, comienza diciendo la nota escrita por Diego Barros, titulada “Un mensaje encendido” y publicada en una edición especial de la revista “Caras y Caretas”, en noviembre de 2011. Después vino el ocultamiento y la difamación contra aquel texto que sirve de soporte para este cuaderno a la hora de citar la palabra, el pensamiento y el sentimiento de Evita.

46 –

Después de aquella lectura pública de un fragmento de “Mi mensaje” en el acto del 17 de octubre de 1952, las 79 carillas mecanografiadas que conforman sus treinta capítulos “ingresaron en un zigzagueante derrotero editorial, político y judicial”, sostiene Diego Barros.

“Hasta que recién en 1987 un simple aviso clasificado anunció el remate del libro póstumo de Eva. Se trataba del ejemplar que el escribano general de gobierno, Jorge Garrido, había guardado para sí al redactar el inventario de los bienes de Perón luego de su derrocamiento y que ahora sus hijos ponían a la venta. Todavía merecen tejerse hipótesis e interpretaciones que permitan comprender el comportamiento de Garrido, “el filósofo escribano -al decir de María Elena Walsh- que “piensa que los juramentos/ como las hojas de otoño/ siempre se los lleva el viento/ O quizás un regimiento” (“Aria del salón blanco”). Pero también siguen intactas las conjeturas acerca de por qué el propio Perón nada dijo respecto de este texto”, agrega Barros.

Pero Jorge Benedetti, un militante peronista, fue al remate de marras y compró el documento. Sin embargo, ese mismo año, el historiador Fermín Chávez y luego Alberto Schpreger en 1994, editarían la obra en sendas oportunidades.

“En contra de esta última edición marcharían hacia los tribunales las hermanas de Eva que invocarían el carácter apócrifo de la obra. La sentencia -pericia caligráfica mediante- habría de confirmar, tanto en primera como en segunda instancia, que la autora del texto era la propia Eva”, sostiene Barros.

47 –

El imprescindible Norberto Galasso, autor de decenas de libros y formador de historiadores y dirigentes políticos de varias generaciones, al escribir el libro “La compañera Evita”, añade algunas vivencias que deben conocerse.

-Hay varias biografías de Evita ¿Qué agrega en esta, además de la visión de Benítez?

-Lo que yo puedo agregar es que Evita hace gremialismo antes de conocer a Perón, era presidenta de ARA, que es la Asociación Radial Argentina. En ella había algo que la llevaba a buscar la solidaridad con el pueblo. Recordemos que venía, también, de una familia muy pobre. Siempre cuenta que una vez le regalan una muñeca rota para Reyes, porque la madre sólo podía pagar por una muñeca a la que le faltaba una pierna, y entonces le dicen que se había caído del camello.

-La radio y el cine deben haber influenciado mucho en ella, sobre todo por los papeles que hacía...

-Sí. Y además vivió cosas muy duras. La primera mujer que interpretó fue Alicia Lynch, la esposa de Solano López. No cualquier mujer. Después interpreta a Isadora Duncan, a Sarah Bernhardt... Había una actitud muy fuerte en ella de defender la condición femenina.

-Usted cuenta en su libro una anécdota al respecto.

-Sí, hay una anécdota de la que da testimonio Vera Pichel, que trabajó en la revista Damas y Damitas, que la pinta de cuerpo entero. Vera cuenta que cuando ella era secretaria de redacción de la revista, un día se presenta Eva, que por entonces tendría 23 o 24 años y le dice que necesita una foto en la tapa, para promocionar la compañía teatral donde trabajaba. Vera le dice que

le va a conseguir una entrevista con el director de la revista y Evita le responde: “No. Esta es una cuestión entre mujeres. Usted es una mujer que trabaja y yo soy una mujer que trabaja, sólo usted puede entender que yo necesito una foto en la tapa para poder trabajar. Con el director no quiero saber nada”. Le dice esto, porque supone en qué terminaría la entrevista con el director...

48 –

Hernán Benítez fue el confesor de Evita hasta su muerte pero también fue un activo militante de las causas nacionales, populares y revolucionarias. Su vida pública fue escrita por Norberto Galasso a quien lo entrevistaron sobre su relación con el jesuita al que conoció recién en 1987 a través de un exiliado paraguayo:

– De entrada nomás, cuando abre la puerta, me pregunta: “¿Y usted cree, hijo?”. Ahí vacilé, porque me dije: no le puedo macanear a este hombre. Entonces contesté: “mire padre, la verdad es que yo no creo. Estuve a punto de ser monaguillo, iba a la iglesia, pero después fui descreyendo”. ¿Sabe lo que me contestó?: “Usted cree que no cree. Y yo, que soy cura, creo que creo”. Y luego me dice: “ninguno de los dos sabemos para qué estamos en este cochino mundo. Pero en realidad sí sabemos, porque si usted me viene a ver a mí y yo lo recibo, hay una causa en común. Queremos que el mundo futuro sea un mundo alegre, donde no haya dolor, no haya enfermedades, no haya desocupados, no haya miseria. Así que pasé. Entro, y lo primero que encuentro colgado en la pared fue el retrato del Che, después el busto de Evita y una lámina de Marx. ¡No lo podía creer!

– ¿Cómo era la relación de Benítez con Eva Perón?

– Benítez era un tipo extraordinario. Acompañó a Evita en todo, hasta sus últimos días. Él decía: “yo llegué a ser cristiano acompañándola a Evita. A mí no me hicieron cristiano en la escuela Máximo de Devoto, que tiene la orden jesuítica, yo vi lo que hacía Evita...”

– ¿A él le atribuían la autoría de un libro de Eva?

– Le atribuían la autoría de la declaración del Congreso Filosófico que Perón hizo en Mendoza en el 47 ó 48, pero pareciera que no.

– ¿Le preguntó eso a Benítez?

– Él le escribía los discursos, eso sí. Pero Evita pocas veces leía. Ella hablaba. Ahora, la devoción que Benítez tenía por Evita era increíble: decía que ella le enseñó lo que era el dolor de los pobres y el valor de la solidaridad.

– ¿Cómo es eso?

– Benítez contaba que cuando iba con Evita a ver a alguna persona enferma, ella se sentaba en la cama y los abrazaba, así tuvieran llagas o purulencias. Él le preguntaba si no tenía miedo de contagiarse y ella respondía: “Mire padre, las viejas de la Sociedad de Beneficencia les mandan remedios. Pero yo vengo, no solamente a traer remedios, vengo a traerles solidaridad, a demostrarles que estoy preocupada por su enfermedad, que soy igual a ellos. Para ellos es más importante que venga y los abrace, en lugar de mandar el remedio por correo. Así que cualquier riesgo que tenga, lo tengo que correr.”

– También se dice que Benítez fue el mentor de Eva Perón...

-Y sí, tuvo mucha influencia. Pero Eva le enseñó a Benítez lo que significaba comunicarse con el pueblo, llegar al pueblo. Recordemos que Benítez, en los años 40, era uno de los sacerdotes privilegiados de la oligarquía, que daba sermones en la Catedral para las señoras gordas.

-Entonces, ¿cómo se forja esa relación?

-Benítez siempre tuvo inquietudes políticas, en un determinado momento tiene relación con Perón a través del GOU. Pero con Eva la relación surge de otra manera. A ella se la cruza por primera vez un domingo en Radio Nacional, Evita, que todavía no había conocido a Perón, en ese momento estaba muy mal, le pide una entrevista. Benítez la cita para encontrarse en una iglesia al día siguiente, pero él no va. Años después, Benítez visita a Perón en su casa, y allí se encuentra con Evita. Entonces ella le dice: “Yo a usted lo conozco. Usted me citó un día en tal iglesia y me dejó plantada ¿Y sabe por qué me dejó plantada?, porque no llevo el apellido Anchorena, porque si yo fuera una Anchorena me hubiera recibido.” Y Benítez le dio la razón. Así fue como, desde esa pelea, nació una gran amistad y él se convirtió en el asesor espiritual de la Fundación Eva Perón, en su confesor, y fue quien acompañó a Eva en sus últimos días.

El 25 de julio de 1970 la revista “Cristianismo y Revolución” publicó una entrevista al confesor de Evita, el padre Hernán Benítez.

Había sido realizada por la revista comercial Panorama pero sus editores no se animaron a publicarla, algunas de las respuestas fueron las siguientes:

Pregunta: ¿No cree usted, Padre, que los curas del tercer mundo, con su prédica de violencia, son un poco responsables del asesinato de Aramburu?

H.B.: En el fondo, del asesinato de Aramburu, más responsables que los curas del tercer mundo somos usted, yo, el cardenal Caggiano y el propio Aramburu. Porque, observe usted, los jóvenes señalados por la policía como ejecutores del hecho no son de extracción peronista. No son gente del pueblo. No son ni hijos ni parientes de los 29 argentinos, unos asesinados, otros ejecutados en junio del 56. Huelen a Barrio Norte, católicos de comunión y misa regular. Algunos, hijos de militantes de los comandos civiles, al caer el peronismo contaban de 5 a 10 años. Nacieron y crecieron oyendo vomitar pestes contra el peronismo.

Pregunta: ¿Qué los lleva a reaccionar violentamente contra el medio social en que se acunaron?

H.B.: A mi entender [...] la convicción de que sólo la violencia barrerá con la injusticia social. Por las buenas jamás los privilegiados han cedido uno solo de sus privilegios. Estos jóvenes sienten, con una fuerza que no sentimos los viejos, la monstruosidad de que un 15% posea más bienes que el 85% restante. Viven en un estado de indignación y de irritación del que apenas podemos formarnos idea. Por eso son fervorosos del socialismo. No por fe en el sistema sino por castigar con él a sus padres individualistas. Por eso ven con buenos ojos al peronismo y reaccionan en contra de las pestes oídas contra él.

Pregunta: Pero, sólo en la selva se hace la justicia por propia mano. La civilización cuenta con organismos judiciales para juzgar los crímenes.

H.B.: No, mi amigo [...] Hable de la conculcación de la justicia. No son estos muchachos quienes introdujeron la ley de la selva. El responsable directo del genocidio de José León Suárez fue acusado y procesado. ¿Conoce usted el resultado? Cuando iba a efectuarse su prisión preventiva por orden del juez

Hueyo, interviene el fuero militar. Pretexta que el acusado es coronel del Ejército, lo sustrae a la justicia civil, y nunca más vuelve a saberse del proceso. Se diluye en aguas de borrajas. Queda impedido enjuiciar el pasado de los “libertadores” De esta suerte a quien pretenda justicia sólo le queda la ley de la selva.

Pregunta: Pero, ¿no cree usted que quienes ejecutaron a Aramburu van mucho más allá del peronismo?

H.B: No me cabe la menor duda. Las ideas revolucionarias de nuestros jóvenes dejan muy atrás los ideales justicialistas. Estos guerrilleros de misa dominical, que juzgaron y condenaron a Aramburu, no conocieron por dentro al peronismo. Conocieron por dentro el antiperonismo. [...] Padecieron el galopante deterioro de la economía, la entrega del país, el saqueo que nos están haciendo los monopolios yanquis, la prepotencia de militares que se constituyen en árbitros del destino de la República. Nuestros guerrilleros padecen algo peor todavía [...] la proscripción del 80% de los argentinos, exiliados en su patria, sin representación, sin voz, ni voto. Y, para mayor escarnio, condenados a oír a cada rato a los solitarios del poder arrogarse la representación de todo el pueblo, cuando ese pueblo los abomina.

50 –

La investigadora Marta Cichero, autora de un libro notable, “Cartas peligrosas”, basada en la correspondencia del padre Hernán Benítez con Juan Domingo Perón, recibió una carta remitida por el jesuita a una de las hermanas de Evita en la que habla de un secreto.

Lo que sigue es el texto que Cichero publicó en relación a ese supuesto secreto de Evita:

“A fines de 1991 el libro Cartas peligrosas estaba terminado: salí de la casa de piedra del padre Hernán Benítez en la calle Blas Parera apretando una carpeta con las cartas inéditas de su correspondencia con Perón. Hacía dos años que visitaba al sacerdote con regularidad, sometién dome a cariñosas pruebas e ignorando cuándo iba a calificar. En cuanto cerré el portón de su casa, sentí la resistencia de la tarde calurosa y mis latidos rápidos. A la distancia me veo como quien ve su infancia: creí tener una clave sobre la violencia de los años '70.

“Poco antes de la impresión del libro, el padre Benítez me dio otro documento. Era una carta a Blanca Duarte de Alvarez Rodríguez, fechada el 3 de enero de 1985. Me pidió enfáticamente que la publicara. Al leerla por primera vez me detuve en el relato de los últimos momentos de la vida de Evita que él tantas veces me había contado, impresionada por el dato de que un débil responso había dado aviso de su muerte a la gente reunida sobre la avenida Libertador en silencio. Que Evita tuviese un secreto me pareció muy propio de una heroína histórica o literaria, pero nunca me interesó conocerlo por un pudor parecido al que uno siente cuando ve a otro ser humano expuesto por una enfermedad y conoce por primera vez sus mucosas y sus líquidos. El se reía cuando algún biógrafo o biógrafa le pedía una pista acerca del secreto, lo consideraba vulgar. Decía que jamás iba a traicionar el juramento y a la vez jugaba conmigo y me preguntaba: "¿Usted qué piensa que es?". Una maternidad frustrada es una conjetura que se puede verificar con una prueba científica. Benítez llegó a conocer el reclamo de la hija conjetural y sólo refutó el argumento: "Si Evita estaba inconsciente cuando nació la hija y pensó que había muerto, ¿por qué habría de sufrir?".

“El hecho es que por algún motivo él le daba más importancia a este documento que a todos los otros que me había entregado. Lo supe cuando se publicó el libro y leyó la carta a Blanca criminalmente fragmentada por mí, porque no me pareció pertinente en un libro político. Un agudo corresponsal extranjero me preguntó en estos días si yo había respondido a ese mandato de dar a conocer las extrañas coordenadas que aparecen en la carta. Creo que no.

“Siempre pensé que el confesor había querido demostrar que Eva Perón sobrellevaba un trágico dolor, como algunos santos. Pero hay otros datos cargados de un extraño significado en esa carta --que Blanca Duarte negó haber recibido-- como el que alude a la casa de la calle 3 de Febrero que aún pertenece a la familia Duarte; los omití en el libro y considero que deben difundirse”, termina diciendo Marta Cichero.

51 –

Había que trozar el cuerpo de Evita y mandarlo al fondo del mar, dijeron algunos almirantes.

Otros, del ejército, decidieron secuestrar su cadáver y esconderlo.

Pero el cadáver no terminaba de morir.

Nuevas generaciones argentinas lo revivieron a su manera, lo dibujaron, lo pintaron, lo hicieron bandera y no hubo forma de mantenerlo en secreto.

Nunca la terminaron de matar.

Desde el maravilloso cuento "Esa mujer" de Rodolfo Walsh al notable libro "Santa Evita" de Tomás Eloy Martínez, la historia se vuelve mito pero no hay caso, no muere, por más que hoy la fecha diga que hace sesenta y seis años pianto hacia otro sitio del universo, al mismo tiempo que algunos escribían: "Viva el cáncer".

52 –

Ana y Eva

Ana trabajaba en el Pami 2, el policlínico que está en el corazón de Arroyito en la ciudad de Rosario. Ella siempre fue revolucionaria, cuestionadora y empecinada. En los años setenta fue una de las tantas víctimas del Auschwitz rosarino, el servicio de informaciones, en la esquina de Dorrego y San Lorenzo, en la ex jefatura de la policía. La torturaban y le gritaban que ella era otra de las que se había creído eso de Evita revolucionaria. Lo cierto es que Ana sobrevivió y sigue creyendo que, efectivamente, en ese cuerpo menudo y melena al viento que tenía Evita, había una síntesis de una transformación tan profundo que hasta el día de hoy genera rechazo en los sectores acomodados.

53 –

Florinda y Eva

Florinda Lidia era hija de una mujer que trabajaba en casas que nunca fueron suyas y de un estibador portuario cuando Rosario era "el granero del mundo". Se alimentó a mate cocido por las noches junto a sus dos hermanas y apenas tuvo un solo libro que le pudieron comprar. Fue con el peronismo que pudo tener su primer par de zapatos y visitar el centro de la ciudad. Era de Laborde, provincia de Córdoba. Era dulce, inteligente y debió ser feliz un poco más. Cuando murió Evita tenía 21 años. Nunca la terminó de llorar. Cada vez que la televisión le traía su voz, se sentaba al fondo de la cocina y no podía gambetear que venían desde el fondo del alma. Hoy, sesenta y seis años después de la muerte de aquella mujer, algunas fotografías de Florinda

deambulan en la casa de sus nietas a las que no pudo disfrutar de forma completa porque algo se había roto en su interior.

Sin embargo, en algún lugar del cosmos, ella, Florinda, sentirá algo especial cuando una de sus nietas anda con una imagen de su querida Evita con el pañuelo verde en su cuello. Puentes generacionales. Fechas que abren ventanas hacia las profundidades de todos los que vivimos en estos atribulados arrabales del mundo. Ahí anda Evita y miles y miles de Florinda que todavía buscan la merecida felicidad.

Florinda es mi mamá y para ella, hoy, 26 de julio, era un día muy especial.

54 –

“Ningún escrúpulo deben abrigar los miembros de las fuerzas armadas por la supuesta legitimidad del mandato que ostenta la dictadura. Ninguna democracia es legítima si no existen los presupuestos esenciales, libertades y garantías de los derechos personales”, sostuvo el general Eduardo Lonardi el 17 de septiembre de 1955 al transmitir por radio la proclama golpista.

55 –

Boletín Oficial, 9 de marzo de 1956.
Decreto 4161.

Visto el decreto 3855/55 (6) por el cual se disuelve el Partido Peronista en sus dos ramas en virtud de su desempeño y su vocación liberticida, y Considerando: Que en su existencia política el Partido Peronista, actuando como instrumento del régimen depuesto, se valió de una intensa propaganda destinada a engañar la conciencia ciudadana para lo cual creo imágenes, símbolos, signos y expresiones significativas, doctrinas, artículos y obras artísticas:

Que dichos objetos, que tuvieron por fin la difusión de una doctrina y una posición política que ofende el sentimiento democrático del pueblo Argentino, constituyen para éste una afrenta que es imprescindible borrar, porque recuerdan una época de escarnio y de dolor para la población del país y su utilización es motivo de perturbación de la paz interna de la Nación y una rémora para la consolidación de la armonía entre los Argentinos.

Que en el campo internacional, también afecta el prestigio de nuestro país porque esas doctrinas y denominaciones simbólicas, adoptadas por el régimen depuesto tuvieron el triste mérito de convertirse en sinónimo de las doctrinas y denominaciones similares utilizadas por grandes dictaduras de este siglo que el régimen depuesto consiguió parangonar.

Que tales fundamentos hacen indispensable la radical supresión de esos instrumentos o de otros análogos, y esas mismas razones imponen también la prohibición de su uso al ámbito de las marcas y denominaciones comerciales, donde también fueron registradas con fines publicitarios y donde su conservación no se justifica, atento al amplio campo que la fantasía brinda para la elección de insignias mercantiles.

Por ello, el presidente provisional de la Nación Argentina, en ejercicio del Poder Legislativo, decreta con fuerza de ley

Art. 1º

“Queda prohibida en todo el territorio de la Nación:

a) La utilización, con fines de afirmación ideológica peronista, efectuada públicamente, o propaganda peronista, por cualquier persona, ya se trate de individuos aislados o grupos de individuos, asociaciones, sindicatos, partidos políticos, sociedades, personas jurídicas públicas o privadas de las imágenes, símbolos, signos, expresiones significativas, doctrinas artículos y obras artísticas, que pretendan tal carácter o pudieran ser tenidas por alguien como tales pertenecientes o empleados por los individuos representativos u organismos del peronismo.

Se considerará especialmente violatoria de esta disposición la utilización de la fotografía retrato o escultura de los funcionarios peronistas o sus parientes, el escudo y la bandera peronista, el nombre propio del presidente depuesto el de sus parientes, las expresiones «peronismo», «peronista», » justicialismo», «justicialista», «tercera posición», la abreviatura PP, las fechas exaltadas por el régimen depuesto, las composiciones musicales «Marcha de los Muchachos Peronista» y «Evita Capitana» o fragmentos de las mismas, y los discursos del presidente depuesto o su esposa o fragmentos de los mismos.

b) La utilización, por las personas y con los fines establecidos en el inciso anterior, de las imágenes, símbolos, signos, expresiones significativas, doctrina artículos y obras artísticas que pretendan tal carácter o pudieran ser

tenidas por alguien como tales creados o por crearse, que de alguna manera cupieran ser referidos a los individuos representativos, organismos o ideología del peronismo.

c) La reproducción por las personas y con los fines establecidos en el inciso a), mediante cualquier procedimiento, de las imágenes símbolos y demás, objetos señalados en los dos incisos anteriores.

Art. 2°

Las disposiciones del presente decreto-ley se declaran de orden público y en consecuencia no podrá alegarse contra ellas la existencia de derechos adquiridos. Caducan las marcas de industria, comercio y agricultura y las denominaciones comerciales o anexas, que consistan en las imágenes, símbolos y demás objetos señalados en los incisos a) y b) del art. 1°.

Los ministerios respectivos dispondrán las medidas conducentes a la cancelación de tales registros.

Art. 3°

El que infrinja el presente decreto-ley será penado:

a) Con prisión de treinta días a seis años y multa de m\$: 500 a m\$. 1.000.000;

b) Además, con inhabilitación absoluta por doble tiempo del de la condena para desempeñarse como funcionario público o dirigente político o gremial;

c) Además, con clausura por quince días, y en caso de reincidencia, clausura definitiva cuando se trate de empresas comerciales.

Cuando la infracción sea imputable a una persona colectiva, la condena podrá llevar como pena accesoria la disolución.

Art. 4°

Las sanciones del presente decreto-ley será refrendado por el Excmo. Señor vicepresidente provisional de la Nación y por todos los señores ministros secretarios de Estado en acuerdo general.

Art. 5°

Comuníquese, dése a la Dirección General del Registro Nacional y archívese Aramburu – Rojas – Busso – Podestá Costa – Landaburu – Migone. – Dell’Oro Maini – Martínez – Ygartúa – Mendiondo – Bonnet – Blanco –

Mercier – Alsogaray – Llamazares – Alizón García – Ossorio Arana – Hartung – Krause.

56 –

“Los gorilas tienen razón. Enceguecidos por el odio antiperonista, los gorilas no admiten sutilezas. Somos subhombres, divididos en imbéciles, criminales; a los primeros hay que “reeducarlos” para la democracia y transformarlos en radicales, conservadores o socialistas ghioldistas; a los segundos, destruirlos físicamente. Recibimos órdenes del tirano y buscamos reimplantar al “totalitarismo”; somos aliados potenciales del comunismo, el castrismo y demás teorías subversivas...esta irracionalidad clasista y revanchista los lleva a acertar en lo medular: la peligrosidad del peronismo no está en el “programa” enunciado, sino en su potencialidad revolucionaria”, escribió John William Cooke, el mismo que había definido que el “peronismo era el hecho maldito del país burgués”.

57 –

El 22 de agosto de 1951, Evita “había estado a punto de desmayarse en el palco montado frente al edificio del Ministerio de Obras Públicas, en la avenida 9 de Julio, durante el “Cabildo Abierto Justicialista” en el que la Confederación General del Trabajo le pidió que integrara como vicepresidenta de Perón la fórmula para las elecciones del año siguiente”, cuentan Eduardo Anguita y Daniel Cecchini en su muy buena nota “El doloroso último año de Evita: inyecciones de morfina para estar junto a Perón, 37 kilos de peso y sus palabras finales”, publicada el 26 de julio de 2021 en “Infobae”.

“De un balcón colgaba un enorme cartel con la consigna que convocaba al acto: “Juan Domingo Perón-Eva Perón – 1952-1958, la fórmula de la patria”. El impresionante escenario que se montó el 22 de agosto de 1951 para pedirle a Eva Perón que acompañara a su marido en la fórmula. La avenida estaba repleta, igual que sus dos calles paralelas -Cerrito y Carlos Pellegrini-, con una marea humana que se extendía desde el pie del palco, a la altura de la calle Moreno, rodeaba el Obelisco y llegaba hasta la avenida Córdoba.

“Perón, Evita y el secretariado general de la CGT, encabezado por Espejo, habían sido los únicos en subir al palco. Espejo fue el primero en hablar y le pidió a Eva que aceptara la candidatura porque “era el deseo del pueblo que

ella, junto al General Perón, tomara parte desde el Ejecutivo en las grandes determinaciones de la Revolución Peronista”.

-¡Evita con Perón, Evita con Perón! – clamaba la multitud y también le exigía:

- ¡Contestación, contestación!

“El acto se había prolongado durante cerca de seis horas sin que Eva diera una respuesta clara. En un momento se descompuso y estuvo a punto de desvanecerse, pero cuando quisieron llevarla a la sombra para que se recuperara, se negó:

-Si Eva Perón no acepta, no importa morirse... y si Eva Perón acepta, ya puede uno morirse tranquila – les dijo a quienes intentaban auxiliarla.

Finalmente pidió tiempo para contestar. Demoraría nueve días, hasta que nueve días después, el 31 de agosto, respondió con un discurso por la cadena nacional, que pasaría a la historia como su “renunciamento”:

-Compañeros, quiero comunicar al Pueblo Argentino mi decisión irrevocable y definitiva de renunciar al honor con que los trabajadores y el pueblo de mi patria quisieron honrarme en el histórico cabildo abierto del 22 de agosto. Ya en aquella misma tarde maravillosa, que nunca olvidarán ni mis ojos ni mi corazón, yo advertí que no debía cambiar mi puesto de lucha en el Movimiento Peronista por ningún otro puesto - dijo.

El llanto de Eva Perón abrazada a su esposo después de hablar. Ese 22 de agosto del 51, Eva no tomó ninguna determinación. Poco después, por cadena nacional, renunció a la candidatura.

Para entonces, tanto ella como Perón sabían que sufría un cáncer de cuello de útero en estado avanzado. La única alternativa era operar y Perón le pidió al doctor Canónico que le trajera al mejor cirujano del mundo”, apunta la nota de Anguita y Cecchini.

58 –

El oncólogo Abel Canónico, al ver que no podía convencer a Perón de que Eva fuera operada por un cirujano argentino, recomendó al cancerólogo norteamericano George Pack, del Memorial Sloan-Kettering Cancer Center de Nueva York.

Mucho tiempo después, en una entrevista realizada en el año 2000, Canónico recordaría la insistencia de Perón.

“Acá había muy buenos cirujanos y muy buenos oncólogos, acá se hacía con frecuencia esa operación. Más bien creo que Perón no quería que si le pasaba algo le reprocharan no haber recurrido a los mejores especialistas. Ahí fue cuando Perón dijo: ‘Si hay que hacer una cirugía grande, que sea también un gran cirujano quien la atienda’. Me consultaron y yo recomendé a Pack. La consigna era que su nombre no tendría que figurar en ninguna parte, ni frente a ella ni frente a la prensa”, contó.

También explicó por qué había elegido al cancerólogo norteamericano; “Pack no era un desconocido para la Argentina. Si un mes antes de que me pidieran que sugiriera el nombre de un profesional para que tratara a Eva Perón, él había estado asistiendo al Congreso Mundial del Cáncer que organicé yo... Él era el invitado de honor y hasta dio una conferencia. Pero no sabíamos nada, entonces, de la enfermedad que ella tenía, aunque ya la padecía y estaba sometida a un tratamiento de radium”, recordó.

La operación se realizó el 6 de noviembre de 1951 en el Hospital “Presidente Perón” de Avellaneda, el mismo que había sido inaugurado unos años antes por la propia Evita con la idea de que “sus descamisados” tuvieran un centro de salud de excelencia.

La visita de Pack duró apenas 48 horas, el tiempo justo para preparar la operación y realizarla. El diagnóstico fue tan terminante como duro: Evita sufría un cáncer terminal. Los datos los tuvo Perón y fueron guardados celosamente en secreto.

(De la nota de Anguita y Cecchini sobre el último año de vida de Eva, publicada en Infobae el 26 de julio de 2021).

59 –

Cinco días después de la operación, el 11 de noviembre de 1951, una foto mostró a Eva Perón, demacrada, votando en su cama de hospital, hasta adonde habían llevado la urna.

Era la primera vez que votaban las mujeres en la Argentina y ella, que había impulsado la ley, no quería dejar de votar. Ese día, Perón fue reelecto por

segunda vez y con el 63 % de los votos. Su mandato comenzó el 4 de junio de 1952, 22 días antes de la muerte de Eva.

Eva Perón recibió varias dosis de morfina en el cuello y el tobillo (donde había metástasis) y un arnés especial para sostenerla, para acompañar a Perón en la asunción de un nuevo período de gobierno, el 4 de junio de 1952.

Perón, de acuerdo con la Constitución, debía terminar su mandato el 4 de julio de 1958. Sin embargo, en septiembre de 1955, un feroz golpe de Estado, que llevó el pomposo nombre de “Revolución Libertadora” terminó con el segundo gobierno de Perón.

Dos días antes de aquellas elecciones del 11 de noviembre, Evita había grabado un mensaje radial donde se la escuchó decir, con voz débil: “No votar a Perón es, para un argentino, traicionar al país”.

Uno de los que acompañaron la urna hasta el hospital para que pudiera votar fue el escritor David Viñas, por entonces de 42 años y fiscal por la Unión Cívica Radical. Lo recordaría así: “Llovía. Asqueado por la adulonería que encontré en torno de Eva Perón, me conmovió al salir la imagen de las mujeres que afuera, de rodillas, rezando en la vereda, tocaban la urna electoral y la besaban. Una escena alucinante, digna de un libro de Tolstoi”.

La potencia del gesto político de votar tuvo como contrapartida el cuadro que mostraba la imagen de Eva: flaca, demacrada. Tres días después la trasladaron en ambulancia al Palacio Unzué. Se negó rotundamente a que la instalaran en el dormitorio que hasta entonces había compartido con Perón. “No quiero molestarlo a Juan”, dijo, terminante

60 –

A pesar de su precario estado de salud, Eva Perón se negó a guardar el reposo casi absoluto que le recomendaban los médicos. Insistía en participar de todos los actos posibles.

El 1º de mayo de 1952 se la vio consumida en el acto central que se realizó en la Plaza de Mayo, donde habló por última vez frente al pueblo desde un balcón de la Casa Rosada.

-Otra vez estoy en la lucha, otra vez estoy con ustedes, como ayer, como hoy y como mañana – le dijo a la multitud reunida en la Plaza de Mayo pero su estado físico decía todo lo contrario.

Su última aparición en un acto público fue el 4 de junio de 1952, cuando se iniciaba el segundo período presidencial de un Perón reelecto en las elecciones del 11 de noviembre anterior. No hubo manera de impedirle que fuera.

En una entrevista que le realizaron en 1969 los periodistas Roberto Vacca y Otelo Borroni al ex secretario de prensa de Perón, Raúl Alejandro Apold, recordó la determinación de Eva: “Ese día llegué a la residencia a las 10 de la mañana para entregarle un ejemplar de Eva Perón, un libro que la Subsecretaría acababa de editar y que reflejaba su obra. Perón conversaba animadamente con doña Juana, madre de Eva: ambos están preocupados porque no habían podido convencerla de que no debía asistir a la ceremonia.

El general me sugirió que le dijera que hacía mucho frío. Cuando entré a su habitación la señora vestía un pijama celeste. Hojeó el libro con atención y al ver las fotos las lágrimas anegaron su mirada triste: ‘Lo que llegué a ser y mire cómo estoy ahora...’, me dijo. Para cambiar de tema le comenté que en la calle hacía un frío tremendo, pero me interrumpió: ‘Esa es una orden del general. Yo voy a ir igual. La única manera de que me quede en esta cama es estando muerta’. No tuve más remedio que comunicarle a Perón que mi gestión había fracasado”.

Para que pudiera asistir tuvieron que hacerle varias aplicaciones de morfina en la nuca y el tobillo, donde le habían aparecido metástasis del tumor, y pudo mantenerse erguida durante todo el acto gracias a un sistema para apuntalarlo que había ideado un empleado de la residencia presidencial.

Se la vio de pie, vestida con un tapado de piel, viajando en el coche descubierto que partió desde el Palacio Unzué por Avenida del Libertador hasta la Casa Rosada, donde tuvieron que aplicarle dos nuevos calmantes. También presenció toda la ceremonia de pie, ayudada por el dispositivo que le habían construido y apoyada disimuladamente en una silla.

Pesaba apenas 37 kilos.

Después de ese acto, Eva no volvió a salir de la residencia. A través de diversos testimonios, Vacca y Borroni pudieron reconstruir la rutina de la enferma en esos días.

“El día de Eva Perón era tan agitado como se lo permitía su declinante salud. A las 7 se despertaba y era atendida por las hermanas María Eugenia y Marta Rita Álvarez, diplomadas en la Escuela de Enfermeras de la Fundación. A las 8 llegaba el peinador Julio Alcaraz, quien permanecía junto a ella mientras Irma Cabrera de Ferrari, su mucama personal, servía el frugal desayuno y preparaba la habitación para las primeras audiencias, en general dedicadas a delegaciones gremiales. Perón la visitaba tres veces por día: antes de salir hacia la Casa Rosada, cuando regresaba y para despedirla antes de dormir. Los familiares sólo en las últimas semanas se fijaron turno para atenderla. (Su secretario personal Atilio) Renzi pasaba prácticamente todo el día a su lado: a medianoche era reemplazado por (su amigo personal Oscar) Nicolini, Apold o algún otro funcionario amigo. Tres veces por semana un chofer de la Presidencia traía a su manicura personal. A pesar de sus insistentes pedidos le eran retaceados diarios y revistas: apenas le llegaba, puntualmente el semanario de historietas El Tony”, escribieron en 1969.

Hombres, mujeres y niños soportaron largas colas bajo el frío y la lluvia para darle el último adiós a Eva.

La noche del 25 de julio, Eva le pidió a la enfermera María Eugenia Álvarez que la acompañara hasta el baño. Tuvo que llevarla casi en vilo.

-Ya queda poco – le dijo Evita cuando estaban volviendo.

-Sí, señora, queda poco para ir a la cama – le respondió, confundida, la enfermera.

-No, querida – insistió Evita -. A mí me queda poco.

“Volvimos despacito caminando y la acosté. La arropé bien, puse la ropa de cama debajo del colchón. Fui volando a buscar al médico y le expliqué lo que había pasado. Le tomó el pulso, la revisó y le hicimos un inyectable”, contaría muchos años después la enfermera.

A la mañana siguiente, poco después de las 11, Eva Perón abrió los ojos y miró a su mucama Hilda Cabrera de Ferrari y le dijo:

-Me voy, la flaca se va, Evita se va a descansar.

Fueron sus últimas palabras. Cinco horas después entró en coma.

Alrededor de la cama de Evita, además de la enfermera Álvarez y la mucama Cabrera, se fueron reuniendo Perón, Apold, Nicolini, Juan Duarte – hermano de Eva -, el doctor Raúl Mendé, el padre Hernán Benitez – confesor de Eva – y el doctor Ricardo Finochetto, que no podía evitar las lágrimas ante una muerte que sabía inminente.

Instaladas en una habitación cercana también estaban sus hermanas Erminda, Blanca y Elisa, y su madre, Juana Ibarguren, que entraban y salían constantemente. No querían llorar frente a ella.

El pulso de Eva Perón se fue haciendo cada vez más débil hasta que pasadas las ocho de la noche – la hora oficial de su muerte quedará fijada en las 20.25 – se apagó definitivamente. El encargado de comprobarlo fue el doctor Ricardo Finochietto. La muerta tenía 33 años.

Cuando el médico confirmó la muerte, Perón lloró. “Se puso a llorar como un niño y llegó a decirme: ‘¡Qué sólo me quedo, María Eugenia!’”, recordaría la enfermera Álvarez.

Una hora después, a las 21.36, locutor oficial Jorge Furnot, leyó el escueto comunicado redactado por Apold en la misma habitación donde había visto morir a Evita:

“Cumple la Subsecretaría de Informaciones de la Nación el penosísimo deber de informar al pueblo de la República que a las 20.25 horas ha fallecido la señora Eva Perón, jefa Espiritual de la Nación”.

62 –

El testimonio de Marta Bertolino es uno de los que más me conmovió en treinta años de periodismo de investigación.

En 1996 solamente me daban autorización en la Cámara Federal rosarina para estar dos horas por día para leer las casi 10 mil hojas de la causa 47.913, la caratulada “Agustín Feced y otros”, la verdadera hoja de ruta del terrorismo de estado en el Gran Rosario.

Allí, en el subsuelo de calle Entre Ríos casi Urquiza, leía y tomaba nota con un lápiz de nombres, fechas e impactos emocionales que durante noches enteras no me dejaban dormir.

Hasta que di con el caso de Marta. Allí me enteré que parió a su hija Alejandra Manzur en una camilla de la Maternidad Martín luego de ser torturada y estando esposada. Me impactaba que desde la burocracia del terrorismo de estado había completado la historia que conocía, personalmente, al revés. En esos meses de los veinte años del golpe, en la escuela Superior de Comercio de Rosario se hizo un acto hermoso con la presencia de Hebe de Bonafini. El final fue una interpretación increíble del clásico de Lito Nebbia, “Quien quiera oír que oiga”, realizada por una piba muy joven, Alejandra Manzur.

Días después, en el subsuelo de la Cámara Federal, entonces, me encontré con la historia de su nacimiento, con la fenomenal resistencia de su madre escrita y descrita por las palabras del terrorismo de estado.

Hicimos un documental, “El Rosario de Galtieri” y el testimonio de Marta terminaba con un poema de su autoría hablando que con una aspirina, a falta de tiza, escribió esos versos en la pared de una celda de Devoto.

Ahora, para este seleccionado sentipenstante de postales sobre Evita, me permití volver a molestarla para pedirle un escrito sobre lo que representaba para ella el recuerdo de la “abanderada de los humildes”.

No pudo cumplir al pedido original pero su respuesta fue una devolución aún superior a lo imaginado.

-En compensación te mando estos versos, que escribí hace casi cincuenta años y que encontré en un cajón de la memoria cuando hablé con vos y empecé a conectarme con mi imagen de Eva. El papel donde estaban escritos se volvió cenizas en los años duros, junto a tantos otros – me contaba Marta en un whatsapp.

CUANDO VUELVAS

Tu silueta, ese escándalo de rosas.

Tu sonrisa,

ardiente encrucijada.

Tus palabras,
terciopelo en las calles,
puro grito de acero,
pura llama.
Tu nombre,
apenas tres semillas
creciendo por millones.

63 –

Mi Evita

Por Sonia Tessa.

Evita es una mujer joven, de pelos al viento, que despliega en su mirada una promesa de futuro. Lo será siempre, y esa promesa irá tomando distintas expresiones.

Para las pibas feministas, lleva un pañuelo verde, el emblema contemporáneo de libertad. No se trata sólo de los derechos sobre el cuerpo, es mucho más. Es la construcción cotidiana de un futuro igualitario.

En los 70, fue Evita Montonera, la que mejor encarnaba los deseos revolucionarios de multitudes de jóvenes que se habían sumado al peronismo para construir una patria socialista.

Es cierto que Evita es una figura de múltiples interpretaciones. Hace algunos años, paseando por Roma, me encontré con un grupo de mujeres que llevaba una bandera “La Evita Perón”. Mis escasos conocimientos del italiano me permitieron saber que pertenecían a una corriente conservadora. También tomaron frases de Evita quienes se opusieron a la legalización del aborto en Argentina.

Y sin embargo, usar a Evita para restringir derechos es una contradicción insalvable. Justo ella, la plebeya, la indómita, la odiada por la oligarquía, la revolucionaria, la que postuló una frase de belleza universal: “Donde existe una necesidad, nace un derecho”.

Si Evita viviera... no sabemos qué pensaría una mujer de 102 años en el mundo contemporáneo, pero muchas, muchos, muchas creemos que impulsaría los vientos más transformadores, como lo hizo en vida.

¿Que se peleó con las feministas? Es verdad. ¿Que pidió fidelidad para su General? También. Como lo es la formidable movilización que impulsó por el voto femenino, la que convirtió a la Argentina en el país con mayor cantidad de parlamentarias mujeres del mundo a mitad del siglo 20.

“Eva significa novedad peticionante de los Derechos Cívicos de la Mujer, atropella golpeándolos por talones herméticos y machistas; ve a los funcionarios judiciales y, más que solicitar, ordena su afilada voz de espada a dos filos”, la describió Aurora Venturini en el libro *Eva Alfa y Omega*, donde también dice: “Nadie me quiso ni maltrató tanto como Eva Perón”.

Mi Evita es incómoda, contestataria, capaz de dar una cachetada en público a quien la humille. Es la que llama a construir el peronismo “caiga quien caiga y cueste lo que cueste”. Es terminante, maniquea, intrépida y también incapaz de acuerdos tácticos. ¿Qué diría del acuerdo con el FMI? ¿Toleraría que la mitad de la población esté bajo la línea de pobreza?

Mi Evita es la que despidieron millones con desconsuelo el 26 de junio de 1952. Es la que dijo: “Aunque deje en el camino jirones de mi vida yo sé que ustedes levantarán mi nombre y lo llevarán como bandera a la victoria”.

Y vaya si es una victoria ser hoy, en 2022, la bandera de miles de pibas que la imaginan, la sienten, la recuerdan, como sinónimo de rebeldía, de revolución, de nuevos tiempos.

64 –

Evita contra el tiempo.

Por “Chiqui” González.

Evita está parada en el semáforo. No ha envejecido. Está bella, sin maquillaje, esperando cruzar la calle.

Evita se mira en los espejos de las tiendas, en los stenciles de las paredes, en las banderas desde donde sonríe.

Una señora le dice que es un mito en los altares populares, en los corazones de varias generaciones y ella la abraza y le susurra " el tiempo, cuidado con el tiempo". Sabe que el tiempo de la memoria es muy largo y corto y frágil, el de la transformación y de la acción.

Recuerda el tiempo que le llevó venirse a Bs As, el momento preciso de la actuación, el instante que conoció a Perón, la hora exacta en la que habló para millones, el día tremendo de la vicepresidencia, las tardes de enfermarse y las noches de morirse y un tiempo sin tiempo, cuando andaba por el mundo como muñeca embalsamada.

Evita sabe que el mito y el extraordinario relato de su vida, están a salvo y dice que no puede quedarse en las imágenes tan quieta. Y dice que no quiere.

Dice que ella quería ser suceso y mover la Historia cuando aparecía.

Evita le dice a la política que ya no hay lugar ni calle para tanta pobreza, ni corazón para estar viendo el dolor y las vidas postergadas. Le escribe cartas de amor al peronismo, en un bar de barrio y a la sombra. Escribe que olvidaron su discurso y que comprende muy bien que es otro siglo, que no acepten que lo llamen populismo, ni Estado de Bienestar, ni fanatismo.

Ella dice que es imposible un peronismo sin Perón, sin la revolución del pueblo que impulsaron. Ella dice que el olvido le recorre el dobladillo de su pollera y que le duele.

Evita escucha a Evita en el televisor de la vidriera. Está pasando Canal Encuentro , su palabra .Dice que muchos jóvenes no saben de ella más que el cuento. Dice que no conocen su voz y su legado sobre la codicia y el despojo, los militares que vendrían, la memoria en los ojos. Dice que cambiaría su historia extraordinaria, por el recuerdo vivo y no decrepito, de todas sus ideas, de su obra, tan urgente y desmedida, su amor por los obreros, las mujeres, y los niños. Que ella vió como cambió la gente y todo eso es una forma de Gobierno: la vida transformada por lo público, la dignidad siempre a la vista y como feroz estrategia, la existencia.

Ella dice que el tiempo la persigue y pulveriza su propio firmamento. Pregunta qué vamos a hacer cuando se vayan las generaciones que lucharon con sus gestos.

Evita anda entre hospitales, rozando a la gente que trabaja. Dice que los vio dándolo todo y se pierde en los pliegues de su cuerpo. Le dice al feminismo que no olviden, ni el voto femenino ni la injuria, que ella, justo a medio siglo, metió a empujones a las mujeres en la Historia. Dice que nunca investigaron

sus deseos, su intenso y frágil erotismo. Si tuvo abortos, si quiso hijos, y que no se lo pregunten a capellanes y modistos.

Ella dice que dejen de revivir su enfermedad y se ocupen de tanta muerte de argentinos, de la desaparición y de los juicios y que las madres y abuelas, abrieron el camino.

Evita busca a Perón entre la gente y piensa, es insensato que desdibujen el origen. El peronismo no juega con figuras. Es el pueblo el que te quiere ,te elige y te sostiene . Será porque hicimos lo distinto y no le tenemos temor a lo que viene.

Ella viene caminando por Soldati.Yo la cruzo y la miro con el alma Le digo que siempre fue por ella y con sus ojos intensos me contesta: Yo quise ser presencia y no nostalgia.

¿Estás segura que la política, el peronismo, la revolución,no me ha olvidado ?

Ella dice que el tiempo es muy astuto y tienen que hablar por ella los que luchan.

Ella dice que es la hora y no hay demoras.

Dice que está, pero no está y eso es lo mismo que estar muerta.

Dice que lleva muerta muchos años y que no aguanta más y está volviendo.

Chiqui González
Con amor y respeto

65 –

El Monumento a la Bandera todavía no existía.

Sin embargo, entre 1947 y 1954, los establecimientos industriales se multiplicaron por dos. Más de seis mil lugares de encuentro cotidiano para obreros. La mayoría de ellos, peronistas. Casi como un reflejo de la explosión productiva de la cual hablan los números.

Pero los días que se vivirían a partir de setiembre de 1955 tendrían poco que ver con las cifras.

Fueron los años de pasión, miedos, heroísmos, traiciones, clandestinidad, amores y rebeldías.

El mundo al revés.

Vivir como si no se pudiera zafar de una pesadilla.

El país sin Perón.

Inimaginable para la mayoría de los casi 520 mil habitantes de los arrabales del Paraná.

Pero esas horas también sirvieron de excusas para hechos aberrantes, como la desaparición del médico y secretario provincial del Partido Comunista, Juan Ingallinela.

“Ingallinela era un conocido militante comunista en cuyo consultorio tenía un cuadro con la foto de Lenin. Cuando a principios de 1944, la policía rosarina detuvo y torturó a tres comunistas e Ingallinella, que manejaba una pequeña imprenta clandestina, denunció el hecho en un volante y señaló como responsables a los oficiales Félix Monzón, jefe de la sección Orden Social y Político, Santos Barrera, subjefe de la misma sección y Francisco Lozón, jefe de la sección Leyes Especiales y Santos Barrera. Si bien posteriormente el Partido Comunista fue reconocido como organización legal y participaba en las elecciones, sus militantes eran objeto de persecución policial y fue así que acumuló 20 procesos por desacato y resistencia a la autoridad y estuvo detenido varias veces en la Jefatura de Policía en Rosario”, sostiene una crónica periodística.

Lo cierto es que el médico y militante de la zona sur salió a condenar el bombardeo a la Plaza de Mayo.

El mismo día 16 la policía rosarina “comenzó a detener dirigentes opositores y al día siguiente una comisión policial concurrió al domicilio de Ingallinela, quien había desechado la oportunidad de ocultarse, y lo condujo a la División Investigaciones de la Jefatura de Policía junto con unas sesenta personas entre las cuales estaban los abogados Guillermo Kehoe y Alberto Jaime”.

Los detenidos fueron retornando a sus hogares pero no Ingallinela. Ante las gestiones de su esposa y de sus camaradas la Policía aseguró que había salido por sus propios medios de la Jefatura.

De inmediato hubo movilizaciones de profesionales y estudiantes, y se formó una Comisión Universitaria para presionar por la investigación; el 13 de julio los trabajadores judiciales hicieron una huelga y el 2 de agosto la Confederación Médica de la República Argentina dispuso un paro nacional de actividades. El 20 de julio de 1955 el interventor federal de la provincia, Ricardo Anzorena, que hasta entonces había negado la veracidad de la denuncia ordena la detención del jefe y del Subjefe de investigaciones y de otros policías así como el reemplazo del jefe de policía de Rosario, Emilio Vicente Gazcón, por Eduardo Legarreta y exoneró a los policías involucrados.

El 27 de julio el ministro de gobierno de Santa Fe da un comunicado reconociendo que el Dr. Ingallinella "habría fallecido a consecuencia de un síncope cardíaco durante el interrogatorio en que era violentado por empleados de la Sección Orden Social y Leyes Especiales".

El caso Ingallinella mostraba un marcado anticomunismo de ciertos sectores del peronismo, por un lado, mientras que por otro inauguraba la metodología del secuestro, tortura y desaparición del cadáver desde los pliegues íntimo del estado, en este caso, del estado provincial.

Un estado provincial que después del golpe contra el peronismo seguiría protegiendo a los asesinos de Ingallinella para que mataran peronistas.

El 16 de setiembre de 1955, cuando comenzó el movimiento insurreccional contra el gobierno popular, era la fecha señalada para la presentación en el Cine Real, en Oroño y Salta, del presidente del Consejo Superior del partido, doctor Alejandro Leloir.

Nadie daba créditos a las noticias que venían desde Córdoba y Buenos Aires. Por calle San Martín, centenares de trabajadores, portuarios y ferroviarios, en su gran mayoría, se habían movilizado en defensa del gobierno constitucional. Sobre Eva Perón, donde estaba la sede de la CGT, también aparecieron los gestos duros de los hombres que querían seguir viviendo en lo que entendían como un estado natural, bajo el gobierno de Juan Perón.

Para el lunes 19 de setiembre, el mundo ya estaba patas para arriba.

Rosario seguía viviendo su creencia.

En la CGT, sin embargo, "siguen las entregas de sangre con el banco de la regional" de la central obrera, donde ya funcionaba uno de los tantos centros sanitarios de recepción.

Uno de los dirigentes de la CGT, Hugo De Pietro difundió un documento llamando a la movilización de los obreros rosarinos: "compañeros, nuestro destino y la defensa de nuestra dignidad y de las conquistas logradas nos imponen no escatimar ningún esfuerzo, ni aún la propia vida".

Sería una profecía.

"El pueblo está a la expectativa. Puede producirse el cañoneo de las destilerías de Eva Perón", sostenía el titular de "La Capital", del martes 20 de setiembre.

Cañones de un barco de la Armada argentina alimentada con combustible inglés como denunciaría tres años después el entonces diputado convencional de la UCRI, Oscar Allende.

Una semana después, las palabras y los hechos se presentaron de otra forma.

"Tristes sucesos acaecidos el viernes, sábado y domingo. Severas medidas de represión", amenazaban las informaciones del diario.

A los hechos que calificaron como "tristes" eran las movilizaciones que surgieron en los barrios rosarinos y en las ciudades vecinas.

Enfrentándose a tanques, José Mármol, un estibador, perdió el riñón y la memoria cuando tiraba piedras en 27 de Febrero y Ovidio Lagos. Lo último que recuerda fue que gritó: "Viva Perón carajo!". Después el hospital y la desocupación. Su historia se repetiría por miles.

Hacia el 27 de setiembre, las crónicas periodísticas semejabán partes de guerra de un ejército de ocupación. "La urbe amaneció dispuesta a reanudar sus actividades, pues así había sido acordado en el plenario realizado en la CGT...Sin embargo, los tranvías y ómnibus no pudieron correr por mucho tiempo pues, en algunos barrios, núcleos reducidos de personas amenazaban a conductores y pasajeros valiéndose de la falta de vigilancia en los coches y, en otro casos, procedieron a apedrearlos".

Piedras contra efectivos militares, piedras contra algunos tanques.

Nadie conducía a los obreros más que ellos mismos en aquellos días en que Rosario fue convertido en otra cosa.

"En cuanto a los obreros, en muchos casos, llegaron hasta frente a las fábricas pero no entraban a cumplir con sus obligaciones".

La rebeldía continuaba.

A pesar de los "blandos", de los que después harían llamar a cierta rama del sindicalismo como la CGT "negra".

El autotitulado subdelgado de la central obrera rosarina, Marcos Méndez, llegó a emitir un mensaje por Radio Nacional, exhortando al "retorno al trabajo".

Su prédica era la lógica del sistema: ser obediente para poder sobrevivir. Un mandato de clase. "Compañero trabajador sea disciplinado", exigía Méndez.

Sin embargo, centenares de panfletos aparecieron sobre calle Ovidio Lagos y en la zona sur.

Los papeles no tenían firmas, pero convocaban a un paro general hasta tanto Perón volviera a la Rosada.

Las noticias dejaban escapar el clima que se vivía en los barrios rosarinos.

El abastecimiento "tropezó con dificultades", no hubo leche ni tampoco se produjo la faena en el Mercado Municipal de Carnes.

En calle San Martín al 1200 un francotirador enfrentó a un piquete de soldados que patrullaba la zona sur. El "valiente" sargento López Correa tuvo que ingeniárselas con sus veinte hombres para enfrentar al trabajador que cumplía con aquello de jugarse la vida por Perón.

En los diarios y en las radios se escuchaban las adhesiones de la Federación Económica de la Provincia de Santa Fe a favor del gobierno de Eduardo

Lonardi. También, en el diario, surgían los comunicados de agrupaciones políticas como el "socialismo libertario" a favor del golpe de estado.

El toque de queda se producía las veinte. Sin embargo, entre tanta historia oficial y silencio impuesto, desde abajo llegaban otras voces, una contracorriente inorgánica pero real, como la vida anónima.

Subsuelo de la ciudad ocupada.

"Grupos perturbadores", calificaban los medios.

Aparecían en Córdoba y Provincias Unidas. Córdoba y Paraná. En el Cruce Alberdi detuvieron a un tren que transportaba obreros hacia Pérez.

Los edictos justificaban la persecución.

De ciudad obrera y orgullosa de su peronismo, Rosario se convirtió en objetivo militar. "Contra agitadores", fue el título que se convirtió en un clásico por aquellos días y se multiplicaría por años en el léxico de gobiernos autoritarios. Se trata de "agitadores profesionales" que responden a "intereses de pequeños grupos" que tienen la "triste misión de roer los cimientos" de la nacionalidad.

Como síntesis del cinismo y la ironía, el 17 de octubre de 1955, en la Rosario dada vuelta, en la que las mayorías trabajadoras se sentían agobiadas y perseguidas, se estrenó, en el Cine Odeón, "El salario del miedo", un "drama de candente suspenso", con Ives Montand.

A contrapelo de la prudencia y del "ni vencedores ni vencidos", los metalúrgicos de la ciudad decidieron concretar paros de cinco minutos por turno.

Hacia finales de octubre de 1955, cinco vagones fueron incendiados. Llevaban cargas para Celulosa. Fue en la avenida Francia y en una de sus paredes, en forma extraña, apareció, después de las llamas, una P y una V.

Miles de personas fueron encarcelados en distintas regiones del país entre 1955 y 1973.

Era el nuevo mundo saludado por las potencias de Occidente.

La Argentina ingresaba al Fondo Monetario Internacional. El salario que, en 1953, llegó a superar el 50 por ciento del Producto Bruto Interno nacional, comenzaba a descender a menos del 30 por ciento.

En las calles rosarinas, mientras tanto, portuarios, metalúrgicos, amas de casa, pibes que hasta hacía unos días pateaban una pelota de goma y textiles, se autoconvocaban para defender "al general".

"Los países del mundo reconocen al gobierno de Aramburu. Villa Manuelita no", dice la leyenda que decía uno de los tantos carteles que nacieron por aquellos días en los barrios de la otrora Chicago argentina.

Durante 18 años, la ciudad obrera se convirtió en un símbolo.

66 –

En la mañana del 16 de setiembre de 1955, los capataces del Swift, en Villa Gobernador Gálvez, hicieron gala de su odio de clase.

Desnudaron a todas las mujeres.

La excusa fue buscar armas entre la intimidad de las trabajadoras.

Sin embargo no les fue fácil domesticar a los obreros de la carne.

"Mi abuela nos contaba cómo los muchachos armados con la chaira y otro cuchillos tomaron el frigorífico. Con matagatos, con lo que tenían, quisieron defender al peronismo. Cuando se puso muy jodida, los compañeros escondieron a las chicas en los tanques que traían la leche para sacarlas. Ahí zafó mi abuela", cuenta Sonia Alesso, hoy maestra y dirigente de AMSAFE y la Central de Trabajadores Argentinos.

Pero algo falló en los cálculos de los proveedores de la muerte.

Decenas de personas se sumaron a la militancia peronista proscripta.

Angel Ojeda comenzó su militancia en 1955. "Formé parte de una Argentina heroica. Acá en Rosario el regimiento 11 regresaba derrotado. El pueblo rosarino peleaba en las calles, todos los días. Fue cuando apareció el famoso cartel de Villa Manuelita, que no se rinde. Casi un mes de pueblo en la calle...".

En 27 de Febrero y Ovidio Lagos, José Mármol quiere atravesar el cielo con los estandartes de Evita y Perón. Lo balean. Cae envuelto en una bandera argentina y dos culatazos le rompen su riñón derecho. Estuvo dos meses internado gritando "¡Viva Perón, carajo!".

Aquella primera etapa de la resistencia en Rosario se "hizo en los bares, en las casas, en las familias, en los barrios", dice la historiadora Carina Capobianco.

Tiempos en los que, más allá de los hechos espontáneos, surgen los primeros organismos estatales dispuestos a la represión del "enemigo interno".

José Cravero marcó que "dos o tres meses después del golpe se organizó la llamada Defensa Activa de la Democracia. Hubo desaparecidos. Pegaron tanto que la gente comenzó a organizarse. Así surgieron comandos en la zona sur, en barrio Belgrano...al principio la resistencia era casi poética. Cuando se pintaba una pared era todo un triunfo".

Eran días de aprendizaje, de reciclaje de la memoria popular. "Se conformaron células integradas por tres o cuatro activistas con un jefe. Tuvimos que aprender a fabricar bombas. Empezamos con caños, los de 250, a los que les pasábamos un alambre de virulana. Nos asesoraban viejos anarquistas", recordó Cravero.

La vieja dirigencia gremial flaqueaba.

"Ninguno salía de abajo de la cama", ejemplificó Pío Torres. "Hasta que reuní a la gente de Sanidad y junto a Pepe Pedernera fuimos haciendo surgir una nueva generación de dirigentes gremiales. Al principio éramos dos. Américo Gigena y yo. El me decía mañana seremos cuatro y ahí comenzó, entonces, el movimiento de lo que después serían las 62 Organizaciones. Nuestra idea era tomar los gremios, crear células peronistas y así fuimos copando uno a uno. Hasta que creamos el bloque gremial peronista", sostuvo.

Juan Lucero tiene el cuerpo atravesado por las huellas de la picana y la tortura. También tiene la mirada triste de tanto exilio no querido, aunque conserva la alegría del que cree en ideales de una sociedad más justa.

"En mi casa se hizo una reunión clandestina. Se preparaba el golpe de Juan José Valle para devolverlo a Perón. Valle se terminó refugiando en una villa. Era uno de los que llamábamos los militares gauchos. Había gente movilizada en Rosario y San Lorenzo. En la mesa de mi casa, me acuerdo, estuvieron Lugan, Duclois, Piacenza, Valle y yo...Cuando llegara el nueve de junio, eso nos decían, se iban a cortar las rutas. Fue un hecho bastante anárquico".

Uno de los que participaron en la columna de la zona norte del golpe del 9 de junio era un muchacho de 16 años, Marcial Martínez.

Lucero y Marcial practicaban en el Tiro Federal. "Mi mamá nos decía que va a llegar el momento y no van a tener puntería", recuerda Lucero.

Aquella noche "el comisario Díaz, de la 16ª, encerró a todos los policías y se llevó las armas para nosotros. Eran 14 carabinas viejas y las trajo con un sumariante que era un hombre de pueblo. La idea original era tomar el 11, LT 2 y ENTEL".

A contra razonamiento, la célula de Alberdi creía que podía tomar el Olimpo.

"Hicimos todos eso porque teníamos un fuego adentro que nos quemaba. Pensar que antes me dedicaba al folklore. Aquella noche no pudimos avanzar mucho. Sin embargo le hicimos frente a la gendarmería con las 14 carabinas que había expropiado el comisario Díaz. Marcial se había venido con un cuchillito de cocina".

Tiempo después, con un pulmón destrozado por la tortura, Marcial eligió el suicidio antes que delatar a algún compañero. Lo cercaba la policía federal.

"No fueron dioses, sino hombres, mujeres, que necesitaban comer pan, vivir, hacer hijos...No fueron perfectos ni mucho menos...Pero había una luz que caía de sus frentes sudadas, rojas, arrugadas, pensando cómo batir al enemigo", cuenta Juan Gelman en "Ya caminando".

Para Norberto Galasso, tozudo difusor e historiador de lo nacional y popular, define a la resistencia como "algo muy espontáneo. Se destacó Cooke y la lucha en los barrios, los caños, las movilizaciones espontáneas, centenares de huelgas parciales. César Marcos contó que las cocinas se convirtieron en cuarteles generales. Y en las esquinas se silbaba "Fumando espero", se andaba con flores "no me olvides". Los burócratas fueron los primeros en desertar. El peronismo era, entonces, fundamentalmente, la clase trabajadora", remarcó el escritor y militante.

En 1956, antes del levantamiento del 9 de junio, el general Juan José Valle estuvo en Rosario y recorrió las unidades básicas que funcionaban en las cocinas y sobre los manteles de hule.

Los paros sorpresivos, las bombas y las panfleteadas se repetían en la geografía todavía industrial de la ciudad.

El padre Hernán Benítez, jesuita expulsado de la orden por su compromiso con el peronismo al convertirse en el confesor de Evita, es uno de los referentes de los sacerdotes del tercer mundo.

Creía que a través del peronismo, la clase trabajadora argentina llegaría al socialismo.

Cuando murió tenía dos imágenes sobre su lecho: el Che y Evita.

Pero antes, cuando la década del cincuenta se extinguía entre huelgas y brotes guerrilleros, el padre Benítez le escribió a Perón: "¿Ignora el General la barbarie represiva de que son capaces los gorilas, con todo el poder y las armas en la mano?. ¿La ferocidad que las directivas de Caracas imperan ignora el General que esa misma ferocidad centuplicada alimentan los gorilas, dispuestos a sofocar la barbarie subversiva con la barbarie represiva inmensamente peor?. En las actuales circunstancias, ¿no se da cuenta el General de que la represión no dejará sólo 30 ni sólo 300 víctimas asesinadas, sino 3.000, sino ya 30.000?". Corría el 14 de enero de 1958.

67 –

“Operación Rescate”

A fines de 1959, uno de los oficiales del ejército expulsados por peronista, Miguel Iñíguez, ya había integrado la fracción más radicalizada de la inorgánica resistencia. Se llamó el Comando Operativo Revolucionario. En ese mismo año surgió el primer foco guerrillero en la Argentina, los uturuncos, en el monte tucumano. Desde entonces se pensó en tomar el

regimiento 11, en la zona sur de la ciudad. Iñíguez difundió la noticia de que se preparaba un levantamiento general en todo el país.

En esos días del frondizismo, en junio de 1960, el Comando Operativo Revolucionario de la resistencia peronista rosarino tuvo una noticia impactante.

El cadáver de Evita estaba en una iglesia del sur brasileño. Fue entonces que se organizó el “Operativo Rescate”.

Se presentaba la oportunidad de recuperar, nada menos, que el cuerpo de la Abanderada de los Humildes.

“La enterré de pie. Como Facundo. Porque esa mujer era un macho”, relató el entonces coronel Carlos Eugenio Moori Koenig al escritor y periodista Rodolfo Walsh .

Así lo contó en el cuento “Esa Mujer”, resumen de aquella entrevista con el entonces integrante del Servicio de Inteligencia del Ejército -SIE- y encargado de esconder el cadáver de Evita luego de haberlo robado de los altos del edificio de la CGT en Capital Federal, días después del golpe de setiembre de 1955.

El taxidermista español Pedro Ara había embalsamado su cuerpo y “el cadáver de Evita tenía mucho más fuerza que un cañón”, describió Cravero, el resistente rosarino.

Uno de los proyectos que tuvo la Armada era tirarlo al mar, prólogo perverso de los vuelos de la muerte que ocurrirían a partir de 1976.

El ejército, a través del general Pedro Aramburu, se opuso a esta idea de Isaac Rojas, según narró la investigación de Miguel Bonasso en su reciente documental producido para la televisión inglesa.

A partir de entonces, el cadáver comenzó a deambular por los dos mundos. El real y el imaginario. Gran parte de ese peregrinaje increíble sirvió de base para la novela de Tomás Eloy Martínez, “Santa Evita”.

Había que rescatar ese cuerpo bandera.

Media docena de peronistas rosarinos llegarían hasta la parroquia, secuestrarían a los dos sacerdotes, arribarían a Paraguay por tierra y subirían el cajón en una lancha mediana.

Por las aguas del Paraná desembarcarían en el puerto rosarino y desde allí, llegado el momento oportuno, avanzarían junto “al pueblo” hasta Capital Federal para exigir elecciones con Perón como candidato.

Durante cinco meses, este grupo de muchachos entre los veinticinco y treinta años, estudió el terreno, pidió armas al gobierno paraguayo y soñó con la vuelta al poder. Los guiaba una frase de Evita: “Yo se que algún día ustedes recogerán mi nombre y lo llevarán como bandera a la victoria. Volveré y seré millones”.

A cinco años del golpe contra el segundo gobierno de Perón, en 1960, grupos de militantes rosarinos se reunían en casas familiares para conspirar contra la dictadura.

Panfletos envueltos en pañales, cumpleaños de quince que servían de encuentros políticos, bombas caseras aprendidas de viejos anarquistas y florcitas “no me olvides” en los ojales de los sacos, formaban parte de la resistencia cotidiana.

En ese contexto, en junio de 1960, el cónsul paraguayo en Rosario, acercó la noticia a los resistentes. El cadáver de Evita, secuestrado en setiembre del '55 de los altos de la CGT, no había sido quemado ni tirado al mar.

“Estaba en una iglesia del sur brasileño”, recordó José Cravero, uno de los sobrevivientes de aquellos días y de la toma del 11.

“Durante cinco meses nos fuimos reuniendo para establecer la seriedad de la información. Para nosotros era fundamental. Por aquellos días no sabíamos nada sobre las vejaciones que le hicieron a Evita. Se hubiera incendiado el país. Por lo menos varios militares la habrían pagado muy caro”, dijo Cravero.

En la clandestinidad, en la casa de Alejandro Vega, en Catamarca al 3700, se reunieron “los compañeros” Aldo “el Papa” Pérez, Héctor “el Negro” Antuña, Leoncio García, el propio Vega y Cravero.

Decidieron comunicarse con Dante Piacenza, “exiliado en Brasil durante dos años después del levantamiento de Valle y Cogorno y que en aquel momento estaba en Neuquén, pero había quedado con muy buenos contactos en aquel país”.

Después vino el contacto con el jefe de la resistencia en el Chaco, el “Lechón” Insaurrealde, para preparar el “Operativo Rescate”.

“El riesgo más grande era no alertar a los servicios. Pero a medida que se sucedían las reuniones todos los datos avalaban la información original. El cuerpo de Evita estaba en una pequeña iglesia del Brasil con solo dos curas, un sacristán y una mujer que limpiaba y cocinaba”, relató Cravero.

“El operativo era fácil”, minimiza Cravero. “Sólo había que secuestrar por unas horas a esas cuatro personas hasta salir de Brasil, porque entrar resultaba sencillo”, indicó 39 años después.

Cravero viajó hasta Asunción del Paraguay y allí se entrevistó con el ministro del Interior del gobierno de Alfredo Stroessner. Le pidió armas para llevar adelante el “Operativo Rescate”.

Insfrán, el funcionario paraguayo, le dijo que tenía buenos contactos con Perón, pero que necesitaba de “una media palabra del General para apoyar el operativo”. Cravero le respondió que entendía la posición pero no tenían la menor idea de cómo entrar en contacto con el ex presidente.

El otro viaje fue hasta la ciudad brasileña que todavía mantiene en el misterio por “una palabra de honor que alguna vez se dio”.

Comprobaron la existencia de los “dos curitas flacos, de la señora de la limpieza y el sacristán”.

El plan era secuestrarlos, atravesar gran parte del territorio brasileño por tierra, llegar hasta Humaitá en Paraguay y desde allí transmitir “por radio para toda la Argentina la recuperación del cadáver de Evita”.

Y desde allí, por el Paraná, “en una lancha mediana, con el cajón arriba, llegar hasta Rosario”.

Insaurrealde quería que el cuerpo quedara en Resistencia y los rosarinos no. “La idea era que una vez protegida y escondida, sirviera de bandera para levantar a las masas peronistas, conseguir el retorno del General y convocar a elecciones en forma inmediata”, rememoró Cravero.

“Cuando teníamos todo prácticamente planificado, llegó la información de que se produciría el golpe de los militares peronistas y que nosotros debíamos concretar la toma del regimiento 11”. Eso fue el 30 de noviembre de 1960. Cravero, uno de los sobrevivientes, terminó en la cárcel durante tres años.

Allí se enteró que el cuerpo de Evita ya no estaba en aquella capilla brasileña. “Siempre nos reíamos imaginando el susto de los curitas cuando vieran llegar a un grupo de militantes armados y que le reclamaran el cadáver de Evita. No habrían entendido nada. El fracaso del 11 evitó el otro fracaso”, reflexionó el viejo peronista rosarino.

Para el ya citado estudio de Alejandro Guerrero, “en ese mismo 1960, en noviembre, militares peronistas al mando del general Iñíguez atacaron el Regimiento 11 de Infantería, en Rosario. El fuego de ametralladoras fue intenso y allí quedaron los primeros muertos y los heridos iniciales del combate: el soldado Osorio, el capitán Mackinlay y el sargento primero Guillermo Valdez murieron en defensa de la guardia antes de que el puesto quedara en poder de los atacantes y el grueso de la tropa se replegara hacia el interior del regimiento, hacia el casino de oficiales donde lograron instalar una base de fuego al mando del jefe de la unidad, coronel Navas.

“Aproximadamente a la 1,20 empezó el ataque al casino, pero la embestida fue rechazada y en esa acción cayó el segundo jefe del comando rebelde, coronel Barredo. A las dos, la defensa había logrado reorganizarse, y a las 2,10 la guardia quedó nuevamente en manos de los mandos del cuartel. Los atacantes se reagruparon como pudieron en distintos puntos de la unidad y, pocos minutos después, Iñíguez huyó con otros oficiales en un par de coches aunque el combate continuaría hasta pasadas las siete de la mañana”, apuntó el investigador.

El que logra recuperar el Regimiento 11 era, nada menos, que Agustín Feced.

La represión a los resistentes peronistas fue su carta de presentación ante esos pliegues íntimos del estado que ya venían siendo adoctrinados en la contrainsurgencia.

68 –

Evita y Mariano Moreno en el fondo del mar.

El 4 de marzo de 1811, Moreno fue envenenado y tirado al mar.

Prólogo concreto de lo que harían con miles de compañeras y compañeros revolucionarios en los años setenta.

Con el tiempo, con esa esa muerte que nunca fue, supimos que la Armada quería trozar el cuerpo de Evita y mandarlo también al fondo del mar.

Entonces se nos ocurrió montar una obra de teatro leído a partir de textos históricos e investigaciones periodísticas para mostrar las similitudes entre en el pensamiento y el hacer de Evita con el del secretario de la junta, también desaparecido.

El estreno fue en un local que tenía el entonces Movimiento de Trabajadores Argentinos en calle Sarmiento casi 27 de Febrero, en el inicio de la zona sur rosarina.

Muchos años después, ese lugar terminó siendo propiedad de uno de los integrantes de la banda de Los Monos. Una secuencia digna de la literatura fantástica pero que, en realidad, forma parte de la increíble secuencia de hechos de la ex ciudad obrera que, posiblemente, pueda ser contada mejor desde una novela y no desde la lógica cartesiana de la historia racional.

A Moreno le dijeron las tres palabras con las que quisieron destruirla a Evita: descamisado, sectario y resentido. Y como a Evita, su texto revolucionario, el Plan de Operaciones, fue puesto en duda. Tal como hicieron con “Mi Mensaje”, aquellas hojas mecanografiadas que dictó antes de su muerte. No fue difícil buscar frases de Evita y sumarles las de Moreno.

El secretario de la revolución fue contado de muchas maneras pero su Plan de Operaciones, el último documento que firmó y redactó, está allí, vigente, cuestionando la clave del presente de la Argentina: la felicidad del pueblo se alcanzará cuando se “descontente” a los que acumulan las riquezas en pocas manos y se logre su “repartición”. No habló de compartir, habló de ir contra esas minorías. El cuerpo del revolucionario, si volviera a las playas del presente argentino, en estos días de triste regreso al FMI, así como lo hicieron algunos cuerpos de Madres y otros revolucionarios de los años setenta, repetiría aquellas ideas, aquellas obsesiones, aquellos motivos que sirvieron para desaparecerlo.

Agosto de 1810. Moreno, entonces, a sugerencia de Belgrano, es el encargado de redactar el programa político y económico que le dará encarnadura al invento de 162 personas que el 25 de mayo decidieron hacer un nuevo país y separarse de España.

Moreno define la revolución como un proyecto sudamericano: “El sistema continental de nuestra gloriosa insurrección”.

Para el secretario es necesario modificar la estructura social: “tres millones de habitantes que la América del Sud abriga en sus entrañas han sido manejados y subyugados sin más fuerza que la del rigor y capricho de unos pocos hombres”. Moreno sabe que los privilegios deben ser suprimidos si en verdad se quiere crear “una nueva y gloriosa nación”, como dirá más tarde una de las estrofas mutiladas del Himno Nacional.

Es la misma idea de Belgrano cuando dice que *“las tres quintas partes de la población y territorio del antiguo virreinato, escapan a nuestro control; la plata del Alto Perú, bloqueada por la insurrección del Mariscal Nieto, resulta vital para las finanzas; representan el 80 por ciento de las exportaciones de la capital. Además los españoles europeos siguen conspirando. Nuestro país es inmenso y despoblado; tal es su presente; sólo le queda acechar como un tigre, un futuro que sin duda será de grandeza”*.

Por ello Moreno quiere insuflar de decisión política al nuevo estado para que sea herramienta de distribución de riquezas: “qué obstáculos deben impedir al gobierno, luego de consolidar el estado sobre bases fijas y estables, para no adoptar unas providencias que aún cuando parecen duras para una pequeña parte de individuos, por la extorsión que pueda causarse a cinco mil o seis mil mineros, aparecen después las ventajas públicas que resultan con la fomentación de las fábricas, artes, ingenios, y demás establecimientos en favor del estado y de los individuos que las ocupan en sus trabajos”.

Y agrega que “si bien eso descontentará a cinco mil o seis mil individuos, las ventajas habrán de recaer sobre 80 mil o 100 mil”.

Un estado que arbitre lo necesario para cumplir el objetivo de la política, según el propio Moreno, que es “hacer feliz al pueblo”. Un estado que vuelque su poder en favor de las mayorías y en contra de los intereses minoritarios.

Con un proyecto de desarrollo del mercado interno y proteccionista de su comercio y su industria: “se pondrá la máquina del estado en un orden de industrias lo que facilitará la subsistencia de miles de individuos”.

El futuro del país pensado por Moreno “será producir en pocos años un continente laborioso, instruido y virtuoso, sin necesidad de buscar exteriormente nada de lo que necesita para la conservación de sus habitantes”.

Durante una década no habrá interés particular por sobre las necesidades del estado revolucionario: “se prohíbe absolutamente que ningún particular trabaje

minas de plata u oro, quedando al arbitrio de beneficiarla y sacar sus tesoros por cuenta de la nación, y esto por el término de diez años, imponiendo pena capital y confiscación de bienes con perjuicio de acreedores y de cualquier otro que infringiese la citada determinación”.

Repite su cuestión de estado a favor de una igualdad garantizada desde el poder: “las fortunas agigantadas en pocos individuos, a proporción de lo grande de un estado, no solo son perniciosas, sino que sirven de ruina a la sociedad civil, cuando no solamente con su poder absorben el jugo de todos los ramos de un estado”. No era solamente una advertencia sobre aquel presente, sino una profecía para los tiempos que vendrían.

El 4 de marzo de 1811 Moreno fue envenenado frente a las costas brasileñas y junto a su cuerpo también desapareció la voluntad política de generar y sostener un estado revolucionario. La metáfora del cuerpo del revolucionario sumergido y desaparecido en el Atlántico es un macabro prólogo de lo que sucedería en los años setenta del siglo XX con aquellos que intentaban un cambio estructural en la sociedad argentina. Moreno y Evita, memorias del presente.

69 –

Un lugar para hablar de Eva.

Hermoso texto de Vicente Zito Lima, publicado en octubre de 1989

¿Desde dónde hablar de Eva? ¿Desde un sueño en el principio de nuestra juventud, ella con su pelo en el aire sobre la cresta de las nubes, sosteniendo una espada gigantesca y sin dejar de sonreír, o sea con toda la gracia, embiste ella que no es más que una frágil muchacha de pechos diminutos, embiste y embiste contra ese buitro de penacho negro, hábil para el desguace, terco y paciente, que al fin hunde su pico de navaja entre sus ojos y ella cae, y todo se llena de sangre, y el aire bulle, el aire ya no es aire, pesa, y el buitro levanta vuelo y sube a la montaña y desde allí vigila a los que avanzan penosamente por el camino?

¿Desde sus sueños de infancia pobre, en Los Toldos, tapada su cabeza con una frazada para escapar de la mirada fija de ese padre que recién conocerá en un cajón de muerto; desde su cuerpo tapado con papeles que no engañan al frío mientras escucha el tropel de potros y tiembla ante los alaridos de la indiada que nacen desde abajo de la tierra como nacen una y otra vez los huesos de los vencidos?

¿Desde la mansa Junín, cuando ella se sentaba a contemplar las danzas del cielo y recitaba sonetos de amor y hacía con sus manos sombras chinas y todas las ceremonias del teatro, hasta el día que llegó un cantor de tangos que la sedujo con su voz de hombre triste, con la promesa de esa llave que le abrirá las puertas de la ciudad lejana, donde los folletines de radio se cumplen siempre con final feliz?

¿Desde su desamparo vulgar de muchacha provinciana en la Buenos Aires de las seis terminales de trenes a vapor y de las grandes marquesinas tan próximas y tan lejanas por donde bajan las estrellas de las broadcasting con sombreros de plumas y zorros plateados sobre los hombros ligeramente perfumados, rumbo a ese palacio de músicas y bailes donde ella no va, porque todavía la cenicienta del cuento no ha encontrado al hombre poderoso que la besa y redime de la bastardía y de cada hora de hambre y de cada caricia que no fue legítima, porque sólo los ángeles tienen el derecho de acostarse a nuestro lado desnudos y sin amor?

¿Desde el amor, desde qué amor; el amor que gratifica y repara a la hora de los lobos cuando suena el teléfono y una voz extraña nos dice que nuestra madre ha muerto; el amor que se frustra y engendra el odio, ese pájaro perverso que se mete en el alma y la transforma en cueva; el amor que se sabe frágil y se pretende eterno; el amor en donde se confunden para la suprema edificación del hombre, las obsesivas ideas de salvación y perdición del espíritu; el amor que se evade de sí y busca su recinto allí donde están los otros hombres con sus historias pequeñas y diarias, únicas; el amor que destruye al mundo del no amor para crear en el amor el único cielo que está en la tierra; o acaso ella quiso ser algo más que la plena luz del amor?

¿Desde dónde hablar con Eva, o Eva Duarte, o Eva de Perón, su negrita –¡que se casen, que se casen!, les gritaron sin camisa, frente a la casa, o sea sus hermanos que pedían para ella un final con Libreta del Civil y fiesta–, o Evita la de todos, que es decir la que fue y puso el cuerpo para que muchos años después, años que acaso no alcancen a ver nuestros ojos, cuando tanta obstinación se cruce de una vez y para siempre con la historia, alguien con aire doctoral pueda decir: en los antecedentes de nuestra revolución hay una mujer, y muestre su retrato, y otra generación se enamore como nos enamoramos nosotros cuando éramos jóvenes y la muerte tocaba su tambor en la casa de enfrente?

¿Desde la actriz en giras dudosas por teatros dudosos y hoteles también dudosos; la de Betty, Peggy, Mary, July, dulces y adoradas rubias de New York, estrellita Eva sin mayor estrella?

¿Desde el terremoto de San Juan, cuando entre lutos y beneficios por los que lo perdieron todo se cruza con el Coronel y comienza la leyenda de dos, como un canto de muchos que se bifurca hacia el infinito?

¿Desde un Octubre 17, y ella que sale y ella que no sale, ella heroína o temerosa soñadora; ella que va en busca de los que hacen la historia o los que hacen la historia cruzan los ríos, cruzan los puentes, y la hacen a ella, quieren tener algo dulce y bello para luchar con más ganas, o para morir con menos miedo, igual que un corazón en el medio del tiempo?

¿Desde todo lo que quitó con odio cantando como una niña: el que le quita a un ladrón tiene cien años de perdón; desde lo que dio con amor, o sea desde ella y por ella, porque de ella eran el hambre de muchos que mitigó, las heridas que cerró, las humillaciones que lavó, las bocas enfermas que besó; esa boca crispada que lanza las señales a la multitud, esa boca convertida en llamarada que anuncia: vendrán por la revancha, vendrán otra vez para humillarnos, vendrán por la noche con sus cuchillos del degüello, y quién será vigía cuando no esté yo?

¿Desde su rostro de bella porcelana de Limoges, sus aires de señora, su peinado de rizos, sus vestidos largos de Jaumandreu y ese rubí y esa perla y todos los juegos de cortesana y todas las mascararas del ceremonial que probó y dejó, porque no eran de ella, sino que pasaban por ella purificados como en un capítulo más de la gran novela, porque quienes en verdad estaban allí eran miles de muchachas de barrios y provincias con sus boquitas rojas y felices, al menos por unas horas, y salvadas, al menos por unas horas, de la fealdad y la pena; porque donde ella estaba era en la fuente, lavándose los pies con un gran movimiento sensible por medio del cual los pies lastimados de los otros llegan a ser sus pies de bailarina que corre por las calles y danza entre nubes como si fuera la aurora?

¿Desde el poder que tuvo en sus manos y dejó escapar como lluvia entre los dedos y no como oro que no se repite, porque el poder que llevó al país por donde el país anda tiene dioses, a los que ella no adoró, y tiene reglas para subvertirlo de cuajo que ella no cumplió, son reglas duras las de la revolución, y no se olviden que ella era una muchacha romántica movida como todos

saben por el amor, o por el odio, que también se sabe vive bajo el mismo lecho y usa la misma sábana?

¿Desde dónde hablar de ella ahora que como nunca hace falta; ahora que el cansancio y la desesperanza nos amenazan, nos invaden; ahora que la otra cara de su belleza es la fealdad de esos hombres que saltan del folletín y buscan instalarse en el poder con sus muecas y sus risas y sus manos que no olvidan de apretar la soga que nos anuda la garganta?

¿Desde la conciencia de clase que tuvo y los enemigos de clase que se ganó, porque se cosecha lo que se siembra y ella ¡vaya que sembró!, a manos llenas sembró?

¿Desde las milicias obreras que deseó hasta poner el deseo en la punta de sus dedos, que nadie antes que ella tuvo tan claro en este siglo, en estas tierras perdidas del sur, de qué manera se ganaba o se perdía la partida?

¿Desde la justicia como el esplendor de un delirio que la quemó en la hoguera?

¿Desde el hierro de su mano con que marcó la frente del traidor?

¿Desde la mujer que votó; desde la mujer que puso su pie en la política para poner sentimientos donde sólo había impiedad y negocios; desde la mujer que se quedó en la Plaza de las grandes fiestas y allí enterró a sus muertos y allí tuvo sus hijos que ahora busca los jueves en la misma Plaza, de espaldas al río, a despecho de olvidos y perdones?

¿Desde su enfermedad, pobrecito su cuerpo; ella sin otro hijo que el cáncer en las entrañas; ella de 33 y ya santa; ella orada, ella con flores, ella pedida como se pide que venga la luz después de la tormenta que parece eterna y aterra?

¿Desde su renunciamiento, o sea la caída de un proyecto, o sea la derrota de ese gran salto hacia adelante que pudo ser y no fue, porque sólo fue el comienzo de la gran marea que levantó los cuerpos por las alturas y los estrelló contra las piedras y los convirtió en nada de vida, apenas jirones de rostros y de hombres que el viento trae y lleva, ni siquiera hojas para la tierra, tumbas como cántaros para recoger las lágrimas?

¿O debemos hablar desde su muerte en días en que se juzga a los dueños de la muerte? ¿O desde su vida, ella saqueada hasta en sus últimas palabras pero

viva?

Viva y erguida con su dedo acusador dividiendo las aguas. Anunciando en nuestro silencio herido sin ángeles ni profetas que la muchacha del gran amor volverá blandiendo su espada y será millones.

70 –

Evita dijo la verdad.
Dejó jirones de su vida y fue millones.
Por eso su muerte nunca terminó de matarla.

Tenía 33 años y pesaba 37 kilos.
Su cuerpo fue secuestrado y desaparecido.
Un signo repetido.

Desde el 24 de marzo de 1976 al presente, seis de cada diez compañeras y compañeros desaparecidos tienen menos de 35 años; seis de cada diez personas desocupadas también tienen menos de 35 años y las imputadas de primeros delitos que pueblan las cárceles de las principales provincias argentinas, como Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, Tucumán y Mendoza tienen hoy menos de 35 años. Triple 6, la marca de la bestia según el apocalipsis. En este caso, en los últimos cincuenta años, la bestia del sistema se traga a las muchachas y los muchachos que por razones biológicas y culturales tienen la necesidad de transformar la realidad.

En las mazmorras del Servicio de Informaciones de la Policía de Santa Fe en Rosario, en los tiempos de Agustín Feced, las militantes montoneras eran torturadas y el propio ex integrante de la Gendarmería, propuesto para ser jefe de la Triple A nada menos que por el mismísimo José López Rega, se les reía cuando les gritaba si se habían creído que Evita era revolucionaria.

Y en esos cuerpos marcados por el paso de la picana, las pibas sabían que si, que para ellas no había duda que Evita era revolucionaria y por eso, ahora, en ese momento de suplicio indescriptible, ellas, allí, en el Auschwicht rosarino, estaban dejando jirones de su vida porque efectivamente esa mujer, como escribió Walsh, ya era millones.

Mi papá era un empleado bancario que en el año del Mundial fue echado como un perro del ex Monserrat. El telegrama de despido llegó el 24 de diciembre de 1977. Inolvidable Navidad. Juan Carlos lloraba a mares y desde

entonces se le apagó la lucecita en los ojos y se prendía, ritualmente, el televisor aunque siempre tuve la sensación que no miraba lo que miraba. Era un peronista conservador, de aquellos que Soriano retratará con lucidez cuando le hace decir a un empleado de Colonia Vela que siempre fue peronista, que nunca se metió en política.

Pero mi mamá, la Pochi, era un cuerpo hecho bajo la forja de una sensibilidad y lucidez muy especiales. Soportó lo indecible en un matrimonio que la condenó a no ser ella misma. Sin embargo sabía reír y disfrutar hasta que el cerebro la acompañó. Ella era más evitista que peronista. Lo aprendí desde el amor, desde sentirla llorar en silencio en el fondo de la cocina mientras le acercaba un mate a su marido. Evita llegó a mi vida desde aquella cotidiana presencia del amor maternal y nunca más salió.

Tuve la suerte de sentir que la historia de la Argentina me decía algo también de manera personal y que tipos como Belgrano, San Martín y Artigas no eran solamente ciertas láminas que aparecían en el “Billiken”. Las historietas forjaron una actitud de rebeldía, de no resignarme con lo asignado y entonces escribía mezclando San Martín con el señor Spock de “Viaje a las estrellas”.

Llegaron los años de los libros de Sábato, Borges, Nietzsche y los misterios del universo hasta que el terrorismo de estado nos llevó a las Malvinas y en su derrota aparecieron seres excepcionales que completaron la visión del mundo.

Desde Hebe Bonafini a Norberto Galasso, desde Osvaldo Bayer a Mercedes Sosa y Nacha Guevara, desde Rubén Naranjo y Adolfo Pérez Esquivel a los ex sacerdotes Santiago Mac Guire y Juan Carlos Arroyo y desde Estela Carloto y Alcira Argumedo a Pino Solanas y Víctor De Gennaro y desde cada militante del ERP, Montoneros o cristiano de base que sobrevivió al genocidio y que todavía insiste.

En 1987 me afilié a un partido de izquierda no gorila y desde entonces milito con todo lo que me da el alma, la cabeza, el cuerpo y la voz en eso que se llama izquierda nacional. La desubicación permanente: zurdo irredento para el peronismo y reformista para la izquierda tradicional.

Ya tengo varias amenazas de muerte en mi haber y hasta pasé por una experiencia de muerte súbita pero sigo, tozudamente, el sendero de las palabras que me enamoran, las de la izquierda nacional. Aquellas que hacen natural estar junto a trabajadoras y trabajadores en conflicto, acompañar a la

pibada feminista y ecologista y denunciar al narcotráfico y las varias formas de saqueo y corrupción. Son cuestiones viscerales, sentipensantes.

Hace bien notar como el paso del tiempo también hace de Evita millones de relatos que van acompañando los nuevos protagonismos políticos como las hijas y los hijos de 2001 hoy encarnados en el feminismo y el ambientalismo, como ya fue apuntado.

Ver a mis hijas juntas en las marchas con sus pañuelos blancos pelear con alegría por una sociedad con mayor igualdad y justicia social es algo maravilloso. Y ellas encuentran en Evita, dibujada y convertida en calcomanía con el pañuelo verde, también una compañera de sus luchas actuales aunque esto enfurezca a cientos que no pueden entender la tremenda plenitud de “esa mujer” que es capaz de reinventarse más allá de su historia tan corta y tan increíblemente fecunda.

Escribo esto como confesión pero realmente poco importa.

Lo importante es la realidad del presente...

La Argentina es hoy una semicolonía y necesitamos más que nunca un nuevo proyecto que sea revolucionario y que construya soberanía intelectual, económica y ambiental para democratizar la felicidad.

Por eso, 70 años después de la muerte de Evita, reivindicó la pasión, la necesidad de enfrentar a los privilegios en pocas manos y contagiar el deseo de conocer nuestra historia para amar las mayorías y defender los bienes comunes porque solamente se defiende lo que se ama.

Hasta el último momento de nuestra vida vamos a estar peleando por la liberación y queriendo llegarle a miles de pibas y pibes que están educados para el olvido, el deprecio y la exacerbación del individualismo y el consumismo.

Para ellas y para ellos, estas postales.

Y también para las y los militantes que sobrevivieron al terrorismo de estado y siguen insistiendo.

Carlos del Frade
Rosario, febrero 2022.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

ANGUITA, Eduardo; CECCHINI, Daniel, “El doloroso último año de Evita: inyecciones de morfina para estar junto a Perón, 37 kilos de peso y sus palabras finales”, publicada el 26 de julio de 2021 en “Infobae”.

BONASSO, Miguel, “Evita. La tumba sin paz”, Suplemento especial de “Página/12”, Buenos Aires, 2002.

BORRONI, Otelio; VACCA, Roberto, “Eva Perón”, La Historia Popular, Vida y milagros de nuestro pueblo, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1971.

“CARAS y CARETAS”, “La Eva de los argentinos”, número 2.264, Buenos Aires, noviembre de 2011.

DEL FRADE, Carlos, “Rosarinas. Crónicas de amor, muerte y poder”, Editorial Puño y Letra, Rosario, 2014.

DEL FRADE, Carlos, “¿Quién era Feced?. Historia política de la represión en el Gran Rosario. De 1955 a Díaz Bessone”, Fundación Villa Manuelita, Rosario, 2014.

DUARTE DE PERÓN, Eva, “Mi mensaje”,
<https://www.agenciapacourondo.com.ar/cultura/eva-peron-mi-mensaje>

FUNDACIÓN DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS EVITA PERÓN;
“Eva Perón. La razón de mi vida”, Buenos Aires, 1999.

FUNDACIÓN DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS EVITA PERÓN;
“Eva Perón. Mensajes y discursos”, Buenos Aires, 1999.

FUNDACIÓN DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS EVITA PERÓN;
“Eva Perón. Mensajes y discursos completos”, Buenos Aires, 1999.

FUNDACIÓN DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS EVITA PERÓN;
“Eva Perón. Historia del peronismo”, Buenos Aires, 1999.

GALASSO, Norberto, “El 17 de octubre de 1945”, Cuadernos de la Otra Historia, Centro cultural Discépolo, Buenos Aires, 2003.

GALASSO, Norberto, “Peronismo y liberación nacional”, Cuadernos de la Otra Historia, Centro cultural Discépolo, Buenos Aires, 2003.

GALASSO, Norberto, “La revolución libertadora”, Cuadernos de la Otra Historia, Centro cultural Discépolo, Buenos Aires, 2004.

GALASSO, Norberto, “Yo fui el confesor de Eva Perón (Padre Hernán Benítez), Homo Sapiens Ediciones, Rosario, 1999.

GIL, Germán Roberto, “La izquierda peronista (1955 – 1974)”, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1989.

OESTERHELD, Germán; BRECCIA, Alberto y Enrique, “Evita/Che”, Nueva Biblioteca Clarín de la Historieta, Buenos Aires, 2007.

WALSH, Rodolfo, “Esa mujer”, <https://www.fadu.uba.ar/post/412-171-esa-mujer-rodolfo-walsh>

ZITO LEMA, Vicente, “Eva Perón Hoy. Su vida, su ideología. Una alternativa de liberación”, Cuadernos de Fin de Siglo, Buenos Aires, 1989.